

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN,
CRONISTA Y LÍRICO DE LA CIUDAD
DEL GUADAÍRA



Paisajes con Letras



ALCALÁ
DE
GUADAÍRA
1923



Cubierta de la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra* de 1923

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN,
CRONISTA Y LÍRICO DE LA CIUDAD
DEL GUADAÍRA

Introducción y Antología de textos:
JOSÉ MANUEL CAMPOS DÍAZ



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra

Alcalá de Guadaíra, 2022



Paisajes con Letras

Núm. 15

Edita:

AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Coordinación de la colección:

MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Introducción y Antología de textos:

JOSÉ MANUEL CAMPOS DÍAZ

Ilustraciones:

ARCHIVO DE JOSÉ MANUEL CAMPOS DÍAZ

Diseño, maqueta y cuidado de la edición:

JUAN DIEGO BAZÁN GALLEGO

Imprime:

PERMAGRAFIC 2017, S.L.U.

© Para la edición, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra 2022

ISBN: 978-84-89180-93-2

Dep. Legal: SE-1653-2022

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.



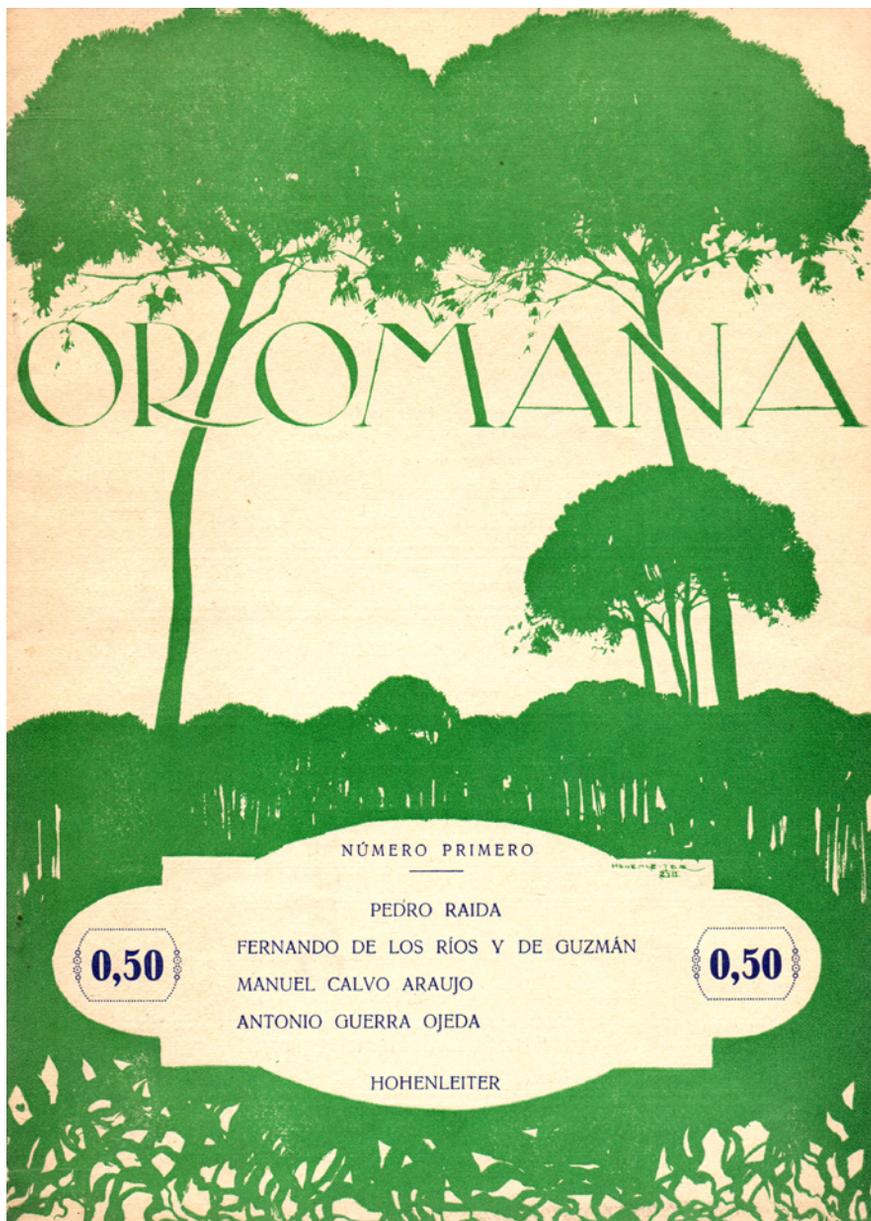
F.A.

Ascensión Morillo

Ascensión Morillo Buzón, *Castillo de Alcalá de Guadaíra*

Grabado nº 3

Colección del Museo de Alcalá de Guadaíra



Cubierta del núm. 1 de la revista *Oromana* (1924)

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia han sido numerosos los escritores que, sin haber nacido en nuestra ciudad, la eligieron como tema de inspiración en sus composiciones literarias de los más variados géneros, demostrándose así la atracción que ha irradiado siempre Alcalá de Guadaíra sobre muchos creadores en los diversos campos artísticos. Un claro testimonio de esto fue la figura de Fernando de los Ríos y de Guzmán —confundido a veces con el político e ideólogo socialista de Ronda, Fernando de los Ríos Urruti— que nació en Sevilla, el 31 de mayo de 1886. Poeta, pintor y crítico de arte, perteneció a una amplia dinastía de intelectuales, entre los que destacaron: su padre, el malogrado poeta José de los Ríos Nostench; su tía paterna, la escritora Blanca de los Ríos Nostench (1859-1956); su abuelo paterno, el polifacético Demetrio de los Ríos y Serrano (1827-1892), y el hermano de este, el literato José Amador de los Ríos y Serrano (1816-1878).

Como dice Mario Méndez Bejarano, “fue educado desde la infancia en la audición de buenos versos, por lo que no es de extrañar que demostrara siempre una facilidad en la composición de los mismos”. Su estilo literario, tanto en verso como en prosa, estuvo marcado por un fuerte barroquismo, con profusión de imágenes y metáforas gongorinas. El 8 de junio de 1930 ingresó en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y perteneció también a la de Ciencias y Artes de Cádiz. Como señala Alberto Ribelot, es el poeta de la tertulia literaria “Noches del Baratillo”, de Alcalá y de Rota y colaborador incansable de la prensa sevillana y revistas tan distintas como *Bética*, *La Andalucía Ilustrada* y *Macarena*.

Aunque fue un escritor eminentemente sevillano, las propiedades de su padre en Oromana le obligaban a permanecer largas temporadas en Alcalá, lo que facilitó la profunda relación de Fernando de los Ríos con la ciudad. Fue colaborador asiduo de la revista *Oromana* y la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, publicando numerosos poemas y artículos

dedicados en su mayoría a la que él llamó “Ciudad de los Paisajes”. Muchos de estos trabajos literarios iban ilustrados en ocasiones con dibujos del propio autor, ya que, como apunta Juan Fernández Lacomba, en ocasiones se adentró también en el mundo de la pintura.

El 4 de agosto de 1925, siendo alcalde Pedro Gutiérrez Calderón, el pleno del Ayuntamiento alcalaño, reunido en sesión extraordinaria, aprobó por unanimidad nombrarle Cronista Oficial de la Ciudad, “el cantor de las bellezas de este pueblo, que con su castiza pluma hizo conocer en las más apartadas regiones los encantos de esta Ciudad de los ensueños y de los paisajes, como la llama en sus notables crónicas, que reproducidas por toda la prensa hacen sea visitado este pueblo por innumerables artistas de todas las naciones que trasladan al lienzo la belleza imponderable de sus paisajes”. Fue Flor Natural de los IV Juegos Florales de Alcalá de Guadaíra (1968) por el romance heroico “Alcalá de Guadaíra y los artistas”, y premiado en los V (1970) por el tríptico de sonetos “Los manantiales de agua”. También creó la tertulia “Mañanas de Andalucía” en la casa-hermandad de Jesús Nazareno, según apunta José Pernía.

Además de los numerosos poemas y artículos publicados en la revista *Oromana* y la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, Fernando de los Ríos y de Guzmán escribió la serie “Novelas del Guadaíra”. Su primer título fue *Aguilita*, publicada en Sevilla, en septiembre de 1923, como núm. 4 de la colección “La Novela del Día” que dirigía el escritor Miguel Romero Martínez (1887-1957). El autor inserta la siguiente dedicatoria: “Para Alcalá de Guadaíra, el Pueblo de los Paisajes, con admiración y gratitud”. En la presentación de la novela, Adolfo Carretero califica al autor “El cantor del Guadaíra” y anuncia que es intención del mismo hacer esta serie de novelas con los siguientes títulos: *La huerta perdía*, *La viña del duende*, *La molinera del Guadaíra*, *La cueva del milano* y *El pino de las águilas*, “todas ellas trazadas en los remansos del río y a ser posible escritas con las tintas de aquella luz única”.

El segundo título de la serie “Novelas del Guadaíra” fue *La molinera del Guadaíra*, publicada también en Sevilla, en 1924, a cargo de

la Imprenta Álvarez. Se la dedicó al escritor alcalaense Manuel Calvo Araújo (1876-1943) y, en el prólogo, Rafael Laffón dice que esta obra “encierra un símbolo ingente: el gran símbolo de la tierra fecunda, de la vida fecunda (La vida fecunda, silenciosa, plácida, fuerte, de sí misma ignorada y renovada eternamente: la vida de la savia y de la sangre)”.

Respecto al título *El tajo amenazante*, solo llegó a publicar el primer capítulo en la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra* del año 1924. La tercera novela completa que apareció de la serie “Novelas del Guadaíra” fue *Er moliniyo jundío* (sic), publicada en el primer número de la revista *Oromana* el 15 de octubre de 1924. El poeta sevillano Agustín María García López me comentó hace tiempo que otro título previsto de la serie —*El pino de las águilas*— parece que fue publicado en Melilla, pero no he localizado ejemplar alguno. Da la impresión que el proyecto inicial que tenía previsto el autor no llegó a culminarse, pues en la relación que aparece en la contraportada de una novela que publicó años después —*Las fieras de Andalucía* (Sevilla, 1929)—, aparte de las cinco que hemos mencionado, figura también *Campos de fuego y de sangre*, título no recogido por Adolfo Carretero en la presentación de *Aguilita* y que tampoco llegó a publicarse. El poeta y erudito local Manuel Álvarez López (1920-1998) me comentó años antes de su muerte que la novela *Rocío la Cartujana* estaba igualmente ambientada en Alcalá de Guadaíra y figura también en la contraportada de *Las fieras de Andalucía* como obra agotada, aunque tampoco he podido localizar ejemplar alguno de la misma.

Fernando de los Ríos y de Guzmán murió en Sevilla el 2 de noviembre de 1972 sin haber podido publicar un libro que estaba preparando sobre poemas de temática alcalaense. Como le reconoció Vicente Romero Muñoz, meses después de su muerte, en un artículo en la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra* a modo de homenaje póstumo: “Cincuenta años de cronista de la ciudad, lo pusieron en cabeza del escalafón de nuestros escritores. Y en medio siglo, jamás faltó a la cita con su pueblo, ni dejó de hacer la crónica no al modo del analista banal, sino abarcando enciclopédicamente el tema; Alcalá en la pintura, en el arte, en la novela, en la poesía, en la literatura”.



que la notificación no es necesaria puesto que se dispuso de esta orden
hecha, desde que termina el plazo de reposición. - El Sr. Alcalde, por
una disposición que facilite la interposición de un recurso como el que
nos ocupa, ante los Alkalde, en el momento en que se ha interpuesto
el escrito del Sr. Pothier Gallardo, es lo que nos ha impedido en el cuerpo
de este dictamen, darle el calificativo de recurso, constituyendo, a nues-
tro modesto entender, solo una pretensión que no puede tener eficacia
por las razones alegadas. - Fal es nuestro dictamen. - Sevilla a
veinte de Julio de mil novecientos veintinueve. - Dto. M. Beca. - An-
bricard.

El Ayuntamiento pleno por unanimidad acuerda conformándose
con los preinsertos informes desestimar la pretensión formu-
lada por el Señor Pothier por extemporánea.

El Señor Alcalde expone, que habiendo sido invitado por el Comité de
la Exposición Ibero-Americana, para que una representación de
este Ayuntamiento colabore con la Subcomisión del Comité de la
citada Exposición, en beneficio de los intereses de la Ciudad de Sevi-
lla y el de los de esta localidad, el Ayuntamiento pleno por una-
nidad acuerda nombrar para que representen dicha represen-
tación al Señor Alcalde Presidente Don Pedro Gutierrez Calderón,
el Teniente de Alcalde Don Rafael Beca Mateos y a los Concejales
Don Benito Lomá Samalés, Don Antonio Abarró de Uña, Don Manuel
Picazo Hermentero y Don Antonio Gordon Brossile.

También acuerda por unanimidad el Ayuntamiento pleno nombrar
Cronista al ilustre poeta Don Fernando de los Ríos y Asuán,
el Cantor de las bulerías de este pueblo, que con su castizo pluma
hizo conocer en las más apartadas regiones los encantos de esta
Ciudad de los ensueños y de los fantasmas, como la llama en sus
notables oraciones, que reproducidas por toda la prensa hacen
sea visitado este pueblo por innumerables artistas de todas las
provincias, que trasladarán al liero la bulería imponderable de
sus paisajes.

Y como fueran estos los únicos asuntos de
que tratar, dió por terminado el acto el Señor Presidente

RELACIÓN DE OBRAS DEL AUTOR SOBRE TEMÁTICA ALCALAREÑA

NOVELAS DEL GUADAÍRA

- *Aguilita*, Sevilla, s.n., 1923 (La Novela del Día, núm. 4).
- *La molinera del Guadaíra*, Sevilla, s.n., 1924 (reeditada en 2008 por el Ateneo de Sevilla).
- *El tajo amenazante* (primer capítulo), *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, Sevilla, Imp. M. Carmona, 1924, pp. 17-19.
- *Er moliniyo jundío* [sic], *Oromana* (Alcalá de Guadaíra), núm. 1, 15-octubre-1924, pp. sin numerar.
- Títulos no publicados: *La huerta perdía*, *La viña del duende*, *La cueva del milano*, *El pino de las águilas* y *Campos de fuego y de sangre*.

REVISTA DE FERIA DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

- 1923: “Alcalá de Guadaíra, meca del arte y santos lugares de la belleza” (prosa poética).
- 1924: *El tajo amenazante* (novela) [primer capítulo].
- 1926: “A la Virgen del Águila I y II” (sonetos) y “Las mujeres del Guadaíra” (prosa poética).
- 1928: “El pueblo de los paisajes en fiesta” (prosa poética).
- 1929: “Alcalá de Guadaíra. Exhumando el ayer” (artículo).
- 1930: “Ingenios alcalaiños. Cristóbal de Monroy y Silva” (artículo).
- 1932: “Hienipa” (soneto) y “Monumentos de Andalucía. El castillo del Guadaíra” (artículo).
- 1933: “El molino de San Juan” y “El manantial de Oromana” (romances).
- 1947: “Las fiestas de la Virgen del Águila” (prosa poética) y “El nuevo Real de la Feria en el Castillo” (artículo).
- 1948: “Feria en el espacio” (prosa poética) y “Lágrimas por la pérdida de mi paraíso” (soneto).

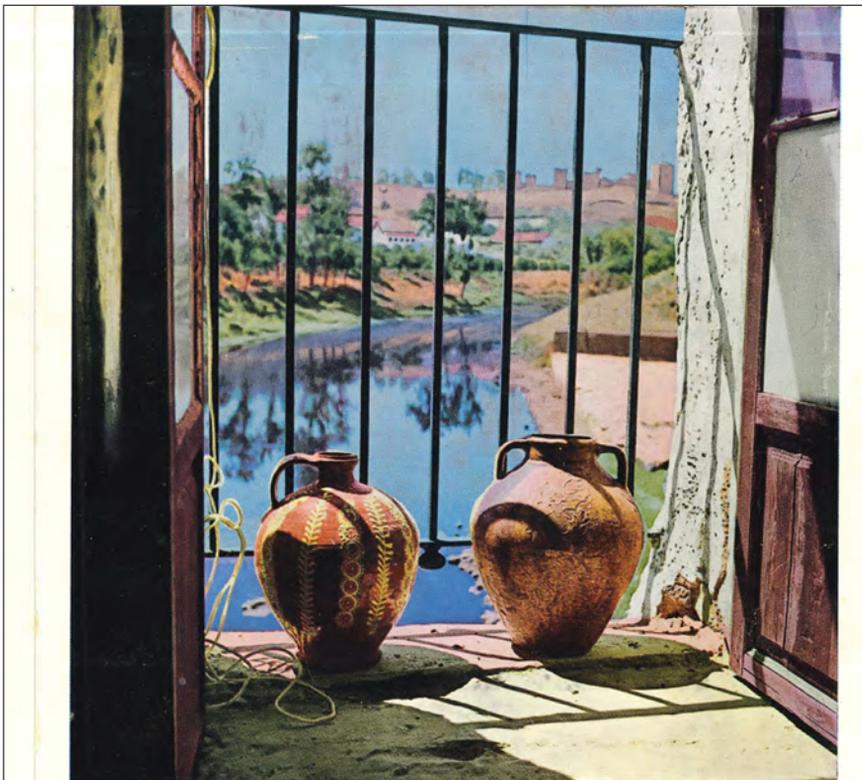
- 1949: “Crónica de mi amor filial a la Blanca Ciudad del Guadaíra” (artículo).
- 1950: “Los pinos” (prosa poética).
- 1951: “Alcalá ríe, canta y reza” (prosa poética).
- 1952: “Crónica de arte alcalareña. La permanente exposición de paisajes de Manuel Luna - Las esculturas de Manuel Pineda Calderón” (artículo).
- 1953: “Hohenleiter, pintor de Alcalá” (artículo).
- 1954: “Crónicas de arte alcalareñas. Un acuarelista, Luis Contreras” (artículo) y “La piedra fecunda” (romance).
- 1955: “Sevilla y Alcalá de Guadaíra en el Museo del Prado”, “El martirio de San Sebastián” y “Crónicas de arte alcalareñas. Sánchez Perrier y Alcalá” (artículos).
- 1956: “Alcalá de los Pintores” (romance) y “Crónicas de arte alcalareñas. Nicolás Alpérez” (artículo).
- 1957: “El *jornijero*” (romance) y “Crónicas de arte alcalareñas. Alcalá de Guadaíra en la pintura universal” (artículo).
- 1962: “A la Virgen del Águila, en su paso de gloria” (redondillas y sextillas) [poema reproducido en el boletín *Águila*, núm. 160, agosto-2016, p. 49].
- 1963: “Feria en el cielo” (prosa poética).
- 1964: “Alcalá de la Belleza” (prosa poética).
- 1966: “Crónicas alcalareñas. Alcalá de Guadaíra en la literatura” (artículo).
- 1968: “Alcalá de Guadaíra en el arte” (artículo).
- 1969: “Crónicas alcalareñas [dedicado a Pedro Gutiérrez Calderón]” (artículo).
- 1970: “Crónicas alcalareñas. *In memoriam* [dedicado a Pedro Gutiérrez Calderón]” (artículo).
- 1971: “Crónicas alcalareñas [dedicado a los pintores]” (artículo).
- 1973: “Crónica de mi amor filial a la Blanca Ciudad del Guadaíra” (reproducción del artículo publicado en 1949 con motivo de su fallecimiento).

REVISTA *OROMANA*

- Núm. 3, 15-diciembre-1924: “Mujeres del Guadaíra. La panadera” (soneto).
- Núm. 4, enero-1925: “Gutiérrez de Alba” (soneto).
- Núm. 19, abril-1926: “Un día aureado y emocional de confraternidad ibero-americana en la Ciudad de los Paisajes. El día de Alcalá. Crónica del Guadaíra” (prosa poética).
- Núms. 21 y 22, junio-julio-1926: “La ciudad emergente” (poema).
- Núms. 33 y 34, junio-julio-1927: “Trilogía del agro. Para Alcalá de Guadaíra, el pueblo de los paisajes. Proemio lírico. Motivos inéditos del Guadaíra embrujado” (prosa poética).

OTROS TEXTOS

- “Crónicas de Alcalá de Guadaíra. Ha muerto un poeta” (artículo), *El Liberal* (Sevilla), 24-enero-1934, p. 1 (publicado con motivo de la muerte del poeta alcalaño Antonio Guerra Ojeda).
- “El Cristo del Amor” y “Silencio [dedicado a Jesús Nazareno]” (romances), *Rutas* (Alcalá de Guadaíra), núms. 84 y 85, 6-abril-1952, pp. sin numerar.
- “Alcalá de Guadaíra y los artistas” (romance heroico), en *IV Juegos Florales*, Alcalá de Guadaíra, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, 1968, pp. sin numerar.
- “Los manantiales de agua” (tríptico de sonetos), en *V Juegos Florales*, Alcalá de Guadaíra, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, 1970, pp. sin numerar.



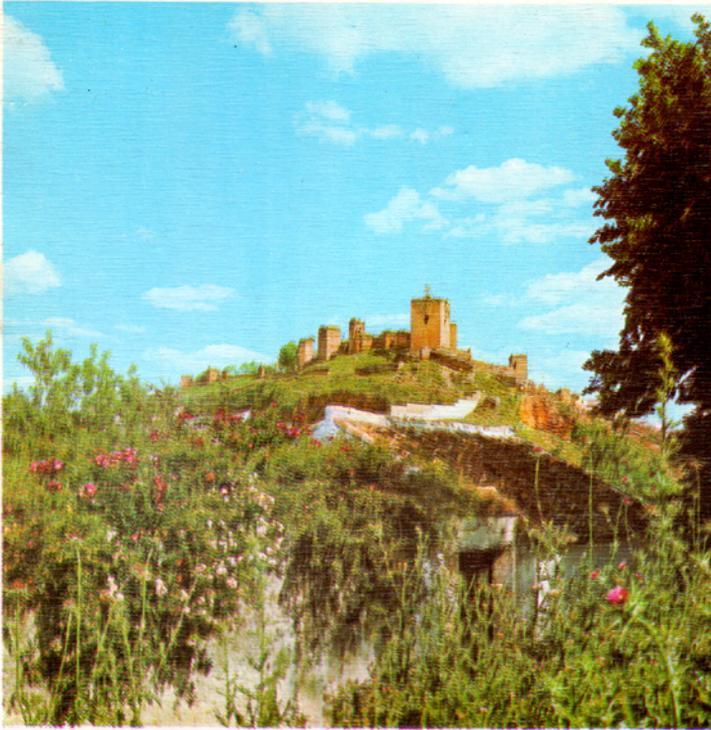
AGOSTO, 1969

alcalá de guadaira y sus fiestas

Cubierta de la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra* de 1969

BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL AUTOR EN RELACIÓN A ALCALÁ DE GUADAÍRA

- Archivo Municipal de Alcalá de Guadaíra. *Actas Capitulares*, libro 90, sesión 4-agosto-1925, fol. 5r.
- CAMPOS DÍAZ, José Manuel. “Alcalá de Guadaíra en textos de escritores foráneos. Fernando de los Ríos y de Guzmán, el cronista de Alcalá”, en *Escaparate. In memoriam Pepe Ordóñez*, Alcalá de Guadaíra, 2019, pp. 16-18.
- CARRETERO, Adolfo. “Fernando de los Ríos, el cantor del Guadaíra”, en *Aguilita*, Sevilla, s.n., 1923 (colección “La Novela del Día”, núm. 4), pp. 3-4.
- FERNÁNDEZ LACOMBA, Juan. *La Escuela de Alcalá de Guadaíra y el paisajismo sevillano 1800-1936*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 2002, p. 290.
- LAFFÓN ZAMBRANO, Rafael. “Prólogo”, en *La molinera del Guadaíra*, Sevilla, s.n., 1924, pp. 3-4 (reed. por el Ateneo de Sevilla, 2008).
- MÉNDEZ BEJARANO, Mario. *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, tomo II, Sevilla, Padilla Libros, 1989 (facsimil de la edición en tres volúmenes de Sevilla, Tipografía Gironés, 1922-1925), p. 284.
- PERNÍA CERÓN, José. “Historia de Alcalá. Fernando de los Ríos, cronista”, *El Periódico de Alcalá* (Alcalá de Guadaíra), núm. 185, 4-diciembre-1992.
- RIBELOT CORTÉS, Alberto. “Ante el centenario de don Fernando de los Ríos y de Guzmán”, *El Correo de Andalucía* (Sevilla), 30-marzo-1986, p. 10.
- ROMERO MUÑOZ, Vicente. “Don Fernando”, *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, 1973, pp. sin numerar.



**V JUEGOS
FLORALES**



Alcalá de Guadaíra, 1970

Cubierta de los *V Juegos Florales* (1970)

CRITERIOS APLICADOS AL TRANSCRIBIR LA ANTOLOGÍA DE TEXTOS

- Algunas expresiones del habla popular se han escrito en cursiva para dejar constancia de la utilización puntual por parte del autor.
- En el uso de la tilde se ha aplicado la normativa actual al respecto.
- Las erratas que existían, sobre todo en nombres propios extranjeros, se han corregido en su totalidad.

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

AÑO I

LA NOVELA DEL DÍA

NÚM. 4

SEVILLA, SEPTIEMBRE 1923

DIRECTOR LITERARIO: MIGUEL ROMERO MARTÍNEZ

AGUILITA

Novela inédita por

Fernando de los Ríos

Dibujos de HOHENLEITER



OFICINAS
MENÉNDEZ PELAYO, 49
SEVILLA

Portada de la novela *Aguilita* (1923)

AGUILITA*

*Para Alcalá de Guadaíra, el Pueblo de los Paisajes,
con admiración y gratitud.*

Fernando de los Ríos.

I

AGUILITA, la hija de Águila, la mendiga, tenía su nido en una cueva del Castillo de Alcalá de Guadaíra, abierta en la piedra viva, como fauce de monstruo, sedienta de infinito, al borde del abismo; sobre el Guadaíra, el río que duerme soñando con las viejas kasidas del tiempo de Ajataf, arrullado por la voz de las arbóreas guzlas, pulsadas por invisibles huríes. Nido de humanas avecillas bohemias, esculpido en la roca por el pico y las: zarpas, cinceladores, del ave gigante de la desesperación, de la pobreza, allá en las sombras de pretérita centuria, bajo el nidal del Águila Mística, colgado de la cúspide del cerro, como diadema de su frente, ceñida por la mano del arte gótico, entre las ruinas de arábica fortaleza.

Águila, la mendiga, había inculcado a su hija, desde chica, una apasionada fe, rayana en la superstición, a la Virgen del Águila; y este devoto sentimiento había creado en ella un gran temor a la Divinidad, había puesto en su albedrío el freno de la religión, ese freno que doma los cerriles potros del instinto y amordaza los chacales de las pasiones en las débiles voluntades que han menester de su dictadura; freno que la conducía, como de la mano, por las sendas de la vida, erizadas de abrojos y acechadas de precipicios, para los desheredados de la fortuna. Además, Aguilita era buena por naturaleza.

Su madre habíala enseñado a pedir limosnas por las huertas y los molinos de las márgenes del Guadaíra y por las haciendas del término, y recorría las huertas de Almanzor y La Retama, del Toto y la Mora, y los molinos del Rielaje y el Arrabal, del Algarrobo y de Benalosa, de San Juan

* Reproducción íntegra de la edición de Sevilla de 1923, correspondiente al núm. 4 de la colección “La Novela del Día”.

y de la Aceña, y las haciendas La Piñera, Los Ángeles, El Acebuchal, Los Ricos, La Andrada, El Gallinero, Zafra, La Juncosa, La Pirotecnia, Oromana... llegando algunas veces hasta los cortijos de Maestre, Los Valles, Teja..., cuyos caseríos blancos son en la vega latinas velas de naves ancladas en el fecundo mar de tierra.

Contemplábase en el espejo de líquida esmeralda del río de leyendas, como pastorcilla de égloga; refrescaba las ascuas de sus labios encendidas en el caminar afanoso, con el líquido aljófár gélido de las fuentes rústicas, rememoradoras de la antigua Hienipa, cuyo extinto esplendor cantan eternamente con la voz de sus liras de cristal, en el ininteligible idioma del misterio.

Cuando al pasar bajo los frutales, con el zurrón vacío, sentía en su estómago las mordeduras del hambre, alargaba la mano y cogía los frutos en sazón, como los seres de aquella edad de oro, descrita por el Príncipe de los Ingenios. Los besos del sol tostaban su piel; látigo del vendaval azotaba su rostro y enmarañaba sus cabellos; el frío del invierno flagelaba sus carnes, punzándolas con glaciales agujas invisibles. Pero la primavera y el otoño ofrecíanle los siete versos del iris, trocados en flores de fragante aliento, con las que entretejía diademas de campánulas, trinitarias y amapolas, lirios y madreselvas, multicolores gemas perfumadas, y ceñía su frente.

Entonces era una virgen druida engalanada para el sacrificio, o una helénica ninfa, surgida de las frondas. Vagaba libre por aquellos campos, como por los del libro inmortal aquella Marcela que de amores mató a Grisóstomo, y corría por las orillas de las aguas, como por las fluyentes de la canción de Gil Polo, aquella Galatea, esquiva de Licio. Caminaba descalza, y los alevés cuchillos de los rotos guijarros herían sus pies, y los traidores puñales de las zarzas desgarraban sus piernas, que sangraban líquidos rubíes de martirio, que el sol y el viento coagulaban, cauterizando las heridas, más piadosos que los hombres para la sin ventura. En los caseríos ladrábanle los mastines de cadena y algunas veces se soltaban y le mordían, pues la pobre niña guardaba en su cuerpo las cicatrices de sus mordeduras.

Y a la tarde, al ponerse el sol tras la columnata de los pinares, regresaba Aguilita, con el zurrón lleno de mendrugos y el bolsillo gris de la falda

descolorida repleto de miserables monedas de cobre, a su cueva del Castillo, donde se reunía con su madre, cuando ésta volvía de pordiosear por las calles del pueblo.

Para escalar la cueva había que encaramarse por unos vericuetos que, a simple vista, parecían inaccesibles a toda persona y sólo accesibles a las cabras. Pero la vieja, por la fuerza de la costumbre, tenía el tacto desarrollado de tal manera, que allí ascendía al anochecer y de allí bajaba a las claras del día, sin miedo a despeñarse en el abismo. Y al verla andar trabajosamente por aquellos riscos, arrebujada en un roto mantoncillo color de ala de mosca, envuelta en oscuros harapos, cuyos jirones semejabán plumas de ave de rapiña, diríase una arpía que pasaba por las márgenes de la laguna Estigia, o un águila negra a la que hubiera transmigrado el alma infernal de una bruja, el espíritu demoníaco de un réprobo. Semejaba un alma en pena, un aborto de la sombra, una visión dantesca surgida de la aurora.

Los murciélagos, semejantes a dragones alados, escapaban de la noche del misterio por las grietas de la roca, como escupidos por las fauces del Orco y danzaban epilépticamente en torno a la vieja, improvisando estrofas de fantasmagoría en el cristal del aire, y rozaban, a veces, la cara de la mendiga con la tartárea caricia de sus alas membranosas; los mochuelos, posados en las piedras, espían sus pasos con las fosforescentes luciérnagas de sus ojos y parecían alados felinos, que saludábanla con maullidos; gemían las cornejas cual moribundas hechiceras, y las lechuzas, blancos fantasmas del aire, erraban en la penumbra, lanzando estridentes silbos agoreros, graznando la aciaga letanía, presagio de males, y un can negro, allá arriba, aullaba en la cueva, tiznando el cielo con su absurda silueta; y así despedía o saludaba a la famélica. Era el perro de la mendiga, el guardián de la cueva, el cancerbero de aquel Tártaro.

Y esta vieja espantable era buena; era fea de cuerpo y bella de alma. El dolor, iconoclasta de la estética, habíale desfigurado el rostro.

Esta vieja horrible, este espectro de pesadilla, esta expersona, había sido bella, y más que bella, agraciada, con ese gracejo de la andaluza, que es superior al de todas las demás mujeres de la tierra.

Servía de moza en una panadería y el amo la perdió, y su padre, un hornero tosco e impulsivo, en un arranque de irascibilidad, la echó de su casa, y ella, avergonzada, se fue a servir a Sevilla, donde un señorito calavera sedújola con los espejuelos del lujo, para abandonarla cuando se cansó de ella, y, puesta en la pendiente, la infeliz fue descendiendo hasta dar en una casa de prostitución, donde tuvo a aquella niña, hija del pecado, fruto del triste maridaje de la desgracia y el infortunio, y no queriendo que su hija se prostituyera con el ejemplo de su madre, huyó con la niña de aquel antro del vicio, en alas del arrepentimiento, a refugiarse en brazos de la regeneración por el trabajo honrado; quiso redimirse, pero todas las puertas se le cerraron; en las casas no la admitían de criada, la rechazaban al saber su procedencia; un oficio no podía improvisarlo; a su hija no la quería meter en el hospicio, no quería desprenderse de ella; pidió limosnas; con el producto de su mendicidad unas veces, y otras con el del lavado de ropa ajena, vivía con su hija en una mísera alcoba, primero, y después en el hueco de la escalera de un corral de la calle Ancha de San Bernardo; pero sufrió peores tiempos, llegó una época para ella en la que apenas si le salía trabajo ni recogía limosnas; se atrasó unos cuantos meses en el pago del alquiler del mechinal en que vegetaba; tocóle un propietario sin conciencia y la desahuciaron, lanzándola al arroyo con su hija, un jergón y dos sillas viejas, que componían toda su fortuna.

En plena corriente estuvieron durmiendo al raso, hasta que la niña enfermó, y la madre, acordándose de las cuevas del Castillo de su pueblo, decidió trasladarse con su enfermita a uno de aquellos albergues de los desheredados de la fortuna, más propios para cubiles de fieras que para asilo de seres humanos; y con billetes de caridad se trasladaron en el tren a Alcalá de Guadaíra, donde siguieron ambas dedicándose a la mendicidad, en la forma que ya conoce el lector, hasta llegar a la época en que las vemos en el cerro; pues el dolor había atrofiado sus voluntades con el virus del desaliento, incapacitándolas para el trabajo.

Cuando Águila regresó al pueblo natal, ya había muerto su padre, arrepentido de haberla arrojado de su casa y llamándola a la hora de morir, sin haber tenido la dicha de abrazarla en sus últimos momentos, justo castigo a su rigor.

Y en la cueva se alojaron; donde con los aires del pueblo de su madre, aires de salud, impregnados de aromas de resina y de mastranzo, sanó la enfermita. Y, para vencer la inapetencia de la convaleciente, la madre atravesaba el río por la presa del molino del Arrabal y le traía agua de la fuente de la Retama, milagrosa como la que buscaban los viejos conquistadores españoles en las encantadas selvas vírgenes de la Florida.

El sol y el aire libre de aquel cielo y de aquellos campos —borrachera de luz y de oxígeno— acabaron de tonificarla; tornó a mendigar por molinos, huertas haciendas y cortijos, y cuando regresaba a su cueva sentíase ninfa de aquellas frondas y de aquellas aguas, y las noches de verano, mientras su madre dormía, bajaba al río, desnudábase, lavaba su ropa, tendíala sobre una adelfa, y, mientras se oreaba, bañábase ella en la esmeralda líquida jugueteando con los reflejos de las estrellas y con las flores de lampazo, como con las de loto una deidad del Nilo, y entonces era una ondina o náyade de aquel río encantado; pero su desnudo era púdico, casi místico, y al emerger de las linfas, en un sueño de palideces marfileñas, diríase la Venus Naciente de Botticelli.

II

Aguilita era flor de espino nacida entre los abrojos del infortunio; creció en los eriales de la desdicha, y por eso llegó a ser una adolescente desmedrada, un ángel con cara de mártir; pero, a través de su naturaleza enfermiza, florecía la dulzura de una inefable sonrisa, llena de una gracia melancólica, que era en su pobre naturaleza algo así como un nenúfar de ensueño sobre el haz de una laguna quieta.

Era una jovencita frágil y esbelta como un lirio o una varita de nardos.

Era bella, como la belleza de la gracia herida; pálida y blanca, como una virgen de marfil y de oro, y su núbil encanto cautivaba los corazones.

Aguilita era ensoñadora, por naturaleza y por influencia del medio ambiente.

El dolor y la contemplación de los bellos paisajes del Guadaíra habíanla hecho poeta. En la noche de su alma inculta, analfabeta, el sentimiento de la poesía estaba latente, incólume; por eso embellecía el dolor de su vida con el aroma de sus nobles sentimientos y de sus honradas ideas. La niña pensaba y sentía y soñaba; soñaba en algo impreciso que se esbozaba en el horizonte de su fantasía.

Diríase que era el alma anhelante del paisaje trocada en mujer.

Amaba a los pajarillos, a los que llamaba sus hermanos, como el santo de Asís, y a las florecillas del campo esas “sonrisas de la tierra” del jardín de las almas nómadas. Amaba la turquesa del cielo y la esmeralda del río; amaba la naturaleza con un culto panteísta, inconsciente, y sobre todas las cosas de la tierra, a su madre y a la Virgen del Águila, Ave Mística que con sus alas de luz cobija las cuevas de los pobres.

III

Cuando desvaretilaban o “cogían” los olivos del Arrabal, Aguilita bajaba de la cueva y rebuscaba la varetilla y las aceitunas; cuando había tala o corta en los pinares de Oromana, iba allá y recogía las taramas y las astillas y, llenando un saco, acarreamba combustible a su cueva.

No temía caminar sola por el campo. Ella sabía que el respeto a la mujer era un culto para los hijos de aquel pueblo.

Algunas veces, al pasar por el Batán, nombre de rememoración quiijotesca, lugar donde echaban las bestias muertas, veía a tío Sotana, un viejecillo, oscuro como su apodo, tratante en huesos, mondar los de alguna osamenta, disputándole la presa a grajos y perros, y sentía miedo y repulsión y huía de aquel sitio, esquivando la vista de aquel cuadro repugnante

y lúgubre, en el que había algo de aguafuerte de Durero y de capricho de Goya. Aguilita no tenía de la reina de los aires ni el pico ni las zarzas, sino las alas.

Ya su madre estaba tan vieja que no podía salir de la cueva, donde dormitaba enterrada en vida como un pétreo sepulcro.

Y una tarde, al regresar al sol puesto, se la encontró muerta.

El perro aullaba lastimosamente a la entrada de la cueva. En el cielo se desencadenó una tormenta formidable. Los truenos resonaban en las cavernas del valle de Guadaíra con un ruido aterrador, imponente; la bóveda del cielo se grieteaba en zigzagueos de oro; cegaban los relámpagos; aullaba el viento en los torreones del Castillo, amenazando despeñarlos; crujían las ramas de los árboles desgajadas por el vendaval; graznaban las alimañas de la noche, amedrentadas, y la huerfanita, abrazada al cadáver de su madre, lloraba enloquecida de dolor. Aquella fue una noche indescriptible.

A la mañana siguiente, un cabrero se la encontró desvanecida sobre el cadáver de su madre. Mojó la mano en el agua que había depositado la lluvia en el hueco de una piedra y, rociándole el rostro con ella, logró reanimarla.

De allí bajó a la niña semidesmayada, con la cabeza apoyada sobre su hombro, asiéndola de la cintura con el brazo derecho y agarrándose con la mano izquierda a las piedras, para no caer.

Y ya, viéndola más repuesta con el frescor de la mañana, le dijo:

—Muchacha, anda ve *ar pueblo a da parte ar jué y ar méico*.

La sin ventura, sacando fuerzas de flaqueza, fue al pueblo y dio parte.

La muchacha, el juez y el médico se trasladaron a la cueva y una vez reconocido el cadáver, fue llevado al depósito judicial, de donde, practicada

la autopsia, se trasladó al cementerio, en cuyo suelo se le dio cristiana sepultura, en la tierra, sin ataúd, envuelto en una sábana, blanco sudario de la santa pobreza, nivea mortaja de la bendita humildad.

La huerfanita, al siguiente día, con dos trozos de ramas hizo una rústica cruz y subió a clavarla sobre la tumba de su madre, ante la que oró de rodillas y cuya tierra besó y regó con sus lágrimas.

IV

Desde que murió su madre, Aguilita se pasaba las horas muertas sentada a la entrada de la cueva, extática, abstraída, en actitud hierática, con la mirada fija en el horizonte... Sin verlo, ciega al mundo exterior, contemplando con los ojos de su espíritu el abismo de su corazón, más hondo y más negro que el arcano de la muerte. Sólo por las noches contemplaba las estrellas y lloraba, lloraba hasta quedar rendida, y en cada estela, en cada meteoro, en cada estrella fugaz creía ver el rastro del alma de su madre y suspiraba y decía:

—¡Madre mía del Águila, llévame a donde está mi madre!

Y aquel ángel nacido en un lodazal sacudía el cieno de sus alas y volaba al azul infinito, para descender, luego, con las plumas empapadas en aljófares de luz...

De día, apenas si pordioseaba; sólo recorría cuatro o cinco huertas de las más cercanas, donde recogía unos mendrugos para no morir de hambre, pues sabía que el dejarse morir es un pecado que Dios no perdona.

Y todas las tardes subía a la Ermita del Águila a rogar a la Virgen por el alma de su madre y a echar unas florecillas campestres por la verja del camposanto.

V

Llegó la primavera. El cerro estaba en flor; hasta en las piedras nacían flores, y la frente del viejo Castillo se coronaba de campanillas azules y rosas como las de los castillos de las leyendas y los cuentos de hadas; hasta el espejo de líquida esmeralda se cubría de un lozano velo de vegetación y florecía con lampazos de oro y nenúfares de rubíes y armiños y las adelfas en flor bordeaban el río del ensueño, rememorando los mirtos floridos de los ríos de Grecia, poblados de ninfas y de náyades; las hierbas y las matas, las ramas y las frondas, las peñas y los torreones florecían con nidos; los pececillos saltaban como trozos de azogue o de bruñida plata, y rompían las tupidas redes de verdor tendidas sobre el río; las oropéndolas de oro andaban sobre el tapiz esmeraldino del Guadaíra, como si pasearan por un prado del Paraíso; el ruiseñor lloraba en los álamos blancos, cuyas hojas, verdes por el anverso y argénteas por el reverso, eran crótalos de plata y esmeralda que al ser estremecidos por el suspiro de la brisa, diríanse repiqueteados por las manos de invisibles uranias; los jilgueros gorjeaban en los olivos y las golondrinas revolaban cantando, besando con sus alas los cristales del río, desnudos al pie del molino, y entraban y salían por las abiertas ventanas, llenando de flautadas sonoridades el corazón del molino.

Y el agua y la tierra, las rocas y los árboles, las flores y los cielos cantaban el Amor.

La Naturaleza estaba en celo.

La huerfanita bajó de su cueva, se lavó la cara con ambas manos en la fuente clara, se la secó al sol con los besos de la luz, y, serenado el cristal de la fontana, espejo de los cielos, se miró en él y se encontró bella. Sintió nostalgias de amar. Un suspiro se escapó de su pecho. Atravesó por la presa y echó a andar río arriba por las márgenes de la huerta de la Retama. Iba abstraída, soñando quizá...; al pasar junto a una adelfa, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Al pie de la adelfa había un pintor ante un caballete con un lienzo, copiando la belleza de paz del molino blanco retratado en las aguas quietas. El artista también fue sorprendido por la

grácil aparición, que imaginóse una virgen prerrafaélica, contemplada en sueños.

—¿Se ha asustado usted, niña? —preguntó el artista, procurando dulcificar la aspereza de su acento extranjero.

—Como no esperaba a *usté*... pues, la *verdá*... me he asustado un poco.

—¡Cuánto lo siento! ¡Haber causado mal a tan linda muchacha!

Ella bajó la vista ruborizada. Después miró al lienzo, del que emergía la imagen del paisaje, esfumada como en un sueño, vista a través de un espíritu sensible, iniciada en una melodía de blancos.

—¿Le gusta a usted la pintura? —le dijo el pintor, y ella respondió apasionadamente, queriendo poner toda su alma nostálgica en sus palabras:

—¡Mucho!

El artista era un joven alemán, alto de cuerpo y alma como su compatriota Enrique Heine.

Y la muchachita y el pintor se vieron todos los días y fueron buenos amigos.

Ella le refirió su vida y él hablóle a ella del magnífico Rhin, hermano del poético Guadaíra, y le contó la leyenda de Lohengrin.

Y le habló de amor a la muchacha y ella lo escuchó estática, y una tarde se unieron sus bocas. Fue un beso inconsciente, apasionado y púdico. Era el beso de dos almas gemelas y presentidas, que se encontraban; las almas de los dos dulces ríos hermanos, que se fundían en una sola.

Pero un día se fue para no volver nunca el artista alemán y la niña lloró sin consuelo, y sentada a la orilla del río esperó el retorno de su amado, a quien ella se imaginaba guiando un simbólico cisne, como el legendario caballero teutón.

Y Aguilita voló al nido del Águila Mística, su Eterna Madre, que la cobijó para siempre con sus alas de soles.

MUJERES DEL GUADAÍRA

LA PANADERA*

Morena como el pan recién cocido,
y fragante cual él y apetitosa,
ardiente como el horno, cadenciosa,
cual llama de brazal encandescido.

De pasión en el pecho tiene un nido,
y de sus labios el cantar rebosa,
y en ellos de la gracia está la rosa,
y en sus ojos del Páramo el olvido.

Parece modelada en levadura
y cocida en el Sol, es su escultura
obra triunfal de un escultor latino.

Su lascivia despierta vendavales
de los siete pecados capitales
y emborracha su cuerpo más que el vino.

* Revista *Oromana*, núm. 3, 15-diciembre-1924.

GUTIÉRREZ DE ALBA *

Fue el noble corazón de Andalucía;
la serpiente lo hirió como a Quevedo,
y, él, rasgando las clámides del miedo,
fraguó el sarcasmo audaz: la rebeldía.

Trocó la noche del Dolor en día;
el vuelo de su péñola, no ledo;
reto del huracán en el robledo
de los prediales de la gallardía.

Ebrio de eternidad, su genio loa
las gestas de Colón y de Balboa
y de Talía en los verjeles brilla.

Y sus estrofas son las carabelas
que vibrando las alas de sus velas
surcan mares sin fondo y sin orilla.

* Revista *Oromana*, núm. 4, enero-1925.

LA CIUDAD EMERGENTE* (fragmento)

¡Oromana!

La voz de Oromana es el agua
que preludia en los labios del río
y en los de la fuente.

La voz de Oromana es un ruiseñor
que entona el amor
de su panteísmo,
la voz de un abismo
de sombra,
el misterio.

Un diluvio de estrellas de zafiros
son los puntos de luz
sobre la frente líquida del río:
sol.

Y las presas de los molinos
truecan las lenguas de esmeralda
del río
en cordaje de plata,
que murmura la diurna serenata.

Y arriba en el cerro,
donde las cuevas abren las noches de sus fauces,
bebiéndose los siglos,
la mano del viento mesa los cabellos
verdes de los pinos.

* Revista *Oromana*, núms. 21 y 22, junio-julio-1926.

ALA VIRGEN DEL ÁGUILA*

I

Águila virgen del pinar del Cielo,
que anidas en el cráneo de la tierra,
tu espíritu es el ánfora que encierra
la llama que del tiempo inflama el velo.

Dan tus alas envidia a todo vuelo
y el dragón del pecado a ti se aferra,
para huir de la noche donde yerra
y esconder su tiniebla en tu mantelo.

No es tu culto el fervor que arde en la mano
y dura lo que tarda en derretirse
la cera en fatua luz de vanidades.

Sino la fe del Pueblo, roble sano,
que los brazos en cruz, hasta extinguirse,
clamará a ti desde sus soledades.

II

No eres el ave de los esplendores,
no el águila de Roma ni de Francia,
no el águila imperial de la arrogancia,
sino la del Amor de los Amores.

Tus alas son de luz, truecan en flores,
del vuelo maternal con la prestancia
y embriagando el desierto de fragancia,
los abrojos del val de los dolores.

Eres el Ave Mística del agro,
la doscientista Dama del Milagro,
cantiga medieval hecha madera.

No eres la imagen nueva, eres la imagen
que de este Rhin un siglo halló en la margen
y otro Rhin de fervor la reverbera.

* *Revista de Feria de Alcalá de Gadaíra*, 1926.

EL PUEBLO DE LOS PAISAJES EN FIESTA*

Alcalá de Guadaíra es el pueblo más pintoresco de la provincia de Sevilla y uno de los más bellos de la tierra. Sus paisajes han sido reproducidos por artistas de todas las nacionalidades y de todas las razas y andan diseminados por el mundo, pregonando la belleza incomparable de estas márgenes encantadas, de este río de églota; como le llamó Blanca de los Ríos, en “Siega de Rosas”.

La villa de Alcalá de Guadaíra es la sultana de los paisajes de ensueños. ¿Quién no ha visto en alguna exposición reproducciones de los molinos de Oromana, de los blancos molinos de San Juan y Benarozza, y de los del Algarrobo, del Arrabal y del Rielaje? ¿Quién no ha visto reproducidas en algún lienzo esa márgenes frondosas como las del Nilo; románticas como las del Rhin; evocadoras y sembradas de vestigios arqueológicos como las del Tíber; sembradoras de árabes kasidas como las del Guadalquivir; azules como las de los lagos de Suiza; reflejadas en el espejo de líquida esmeralda de las aguas quietas? ¿Quién no ha contemplado diseñada en algún cuadro la silueta de los torreones del último refugio del rey Ajataf? ¿Quién no ha admirado en alguna pintura el blancor simbólico de la ermita de Nuestra Señora del Águila recortándose sobre el azul emblemático del cielo?

Esta villa del ensueño es como una blanca hurí que dormita a orillas de río de las tradiciones líricas y de las mágicas leyendas, soñando con los amores de la princesa Alguadaíra y el bravo Garcí-Meléndez; inmortalizados por Gutiérrez de Alba. La villa de Alcalá de Guadaíra, edificada sobre suaves colinas, como la Ciudad Eterna y bajo un cielo de turquesa durante el día, y de zafiros y diamantes durante la noche, como los pueblos del Oriente, perfumadas de rosas y jazmines, como Bagdag, reúne la belleza topográfica de Roma, el esplendor de Alejandría y la fragancia de los vergeles de Arabia, imágenes del Paraíso; con alucinadora, única. Tal es el fondo del cuadro de nuestras fiestas, reminiscentes de zambras árabes y greco-latinas danzas, y de cristianas romerías medievales.

La sultana de los paisajes, convertida al cristianismo, engalánase, como hermosa mujer, para festejar a su Patrona, la Virgen de la advocación alada, el “Águila Celestial”, como la llamó el poeta.

Amadores de la belleza, venid a la Sultana de los Paisajes, quien os acogerá con hospitalidad de Soberana, y convivid con ella en los etéreos días de la plenitud de su hermosura y del apogeo de su regocijo.

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1928.

Mocitas de la Macarena, graciosas y optimistas como la Virgen de la Esperanza; niñas de Triana, gráciles y deleitosas como las náyades y las ninfas del Betis, cantadas por los cisnes y los ruiseñores béticos; muchachas de San Bernardo, barrio de la Tauromaquia y de la majeza, y de la Calzada, arrabal de la gallardía; mujeres de mi Sevilla, alegres como una copla de la tierra, donairosas como la misma gracias y rientes como un rayo de sol de nuestro cielo; venid a pasear vuestros hechizos entre los encantos de las hijas de segadoras de rosas del cuento de la poetisa sevillana, que llevan las rosas del paraíso en sus mejillas, las flores del granado en sus labios, y el brillo y el fuego de la raza árabe, en sus ojos.

Ninfas béticas y huríes mahometanas, derrochad vuestra gracias y vuestra donosura en esta gloria de la Sultana de los Paisajes, en fiesta. Náyades de mi patrio río y ondinas guadaireñas, surgid de vuestros líquidos palacios, donde bordáis con los filamentos de las plantas acuáticas y el iris de los pétalos de los nenúfares, bellos tapices, como vuestras hermanas las ninfas del Tajo, descritas por Garcilaso de la Vega, y derramad sobre este edén los raudales de sal de vuestras gracias, los torrentes de luz de vuestras miradas y la abundancia de mieles y ambrosía de vuestro sexo, como en un maná de alucinaciones, para razonar el tedio, iluminar las tinieblas y endulzar las amarguras de nuestro corazón, enamorado de la belleza en la más bella de sus manifestaciones: ¡la mujer! Ruiseñores femeninos, cantad en nuestras fiestas todo el sentimentalismo de nuestra región, para que al escucharos, creyendo oír a los ángeles y huríes, a los cielos y a la tierra, olvidemos nuestros desengaños.

Ingrávidas beldades, bailad al compás de la guitarra y al son de los pailillos; bordad andaluces bailes con el ritmo de vuestros movimientos de greco-árabe reminiscencia, entre perfumes de nardos y jazmines y fragancia de vino manzanilla en cañas de cristal, para que la Musa de la danza se estremezca de envidia en las profundidades del Tártaro.

Y sobre esta orgía de pagana sensualidad, descienda la Patrona por la cuesta escalonada del castillo, destacándose en el cielo de la noche, como surgía de él, cual la visión de un iluminado, circundada de luces, esfumada en nubes de incienso, cobijada de mundos infinitos semejantes a gemas deslumbradores, anegada en la ola de vítores e hipóboles de sus fervientes devotos y en la lluvia de flores desprendida de femeninas manos, para que al verla bajar dígame que el “Águila celestial”, que dijo el poeta, desciende de su nido o cobijar con sus alas de luz de las almas de sus hijos.

HIENIPA*

Triunfo de estatua y música de fuente
alzando la canción de la Belleza
bajo los pinos: la Naturaleza
y el Arte que se besan en la frente.

Cantaba el corazón, iba la mente
construyendo su interna fortaleza
sobre el oro de mítica pureza,
engarce de turquesa refulgente.

Nostalgias de Platón, de Anacreonte,
de Pericles, de Fidias y de Apeles,
sueño del Partenón, gloria del monte.

Del arte heleno las himetas mieles
ya cicuta mortal; del horizonte
la Estigia enturbia el remo de Caronte.

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1932.

EL MOLINO DE SAN JUAN*

En un letargo de siglos,
de sol borracho y de cal,
se levanta en la ribera
el molino de San Juan.

Una veleta de flechas:
una en línea horizontal
y otra verticalizada
en suspensión de ansiedad,

clavada sobre el remate
de la techumbre rural,
en la torre del molino,
cegante de claridad,

fantasma de la ribera
que con nevado antifaz
en la líquida esmeralda
quiere su albura mirar.

Un nevado caserío,
rústico templo del pan,
y bóveda misteriosa
del límpido laborar.

Un espacio de turquesa
sobre una margen feraz,
zafiros sobre topacios,
esmeraldas y cristal.

Naranjos y toronjiles
con aromas de azahar;
un paisaje que es incendio
de pedrería oriental.

Reflejos rosas y verdes
y amarillos: claridad.
Sombras violetas y azules:
el molino de San Juan.

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1933.

Pintores que te pintamos
sentimos tu idealidad
y en tu milenario sueño
aprendemos a soñar.

Edificación vetusta,
sombra de la Antigüedad,
molino con fundamentos
de Roma, base ancestral.

Y piedras de Mauritania;
sabes de Zeus y de Alá,
de la kasida y de égloga,
del Olimpo y del Korán.

De Mahoma al Paraíso
finge la margen feraz
que te enmarca, y los Elíseos
Campos de la Antigüedad.

Tus enramadas son guzlas
de cordaje vegetal,
donde suspira la brisa
y solloza el huracán.

El agua canta en la presa
con fragor de tempestad;
se precipita en los cubos
y hace la piedra girar,

entonando en el molino
la geórgica del pan,
y trueca el trigo en la harina
que el armiño celos da,

cuerpo del pan del trabajo
y del sacro del altar,
en lo humano y lo divino
albores de lubricán.

Blanco molino harinero,
al que llaman de San Juan,
en el valle de Oromana
eres un canto de paz.

Te ofrenda sus melodías
de Oromana el manantial
y el ruiseñor encantado
es tu alma; cantando está.

A contra luz, las adelfas
negras pinceladas dan
al incendio de las aguas,
prodigio de ígneo vitral,

y diseñan sus contornos
con decorativo afán
de magna escenografía
del escenario inmortal.

Blanco molino harinero,
al que llaman de San Juan,
en el valle de Oromana
eres un canto de paz.

EL MANANTIAL DE OROMANA*

Sobre la arena de oro,
al pie del árbol de plata,
brotan en líquidos brillantes
el manantial de Oromana.

Serpea por los alcores,
silbante sierpe de agua,
que fascina con su aliento
las avecillas del alma.

Abreven en sus orillas
jugo de fragante savia:
tomillo, hinojo y mastranto,
que a los aires dan fragancias.

Beben líquidos jardines
las raíces de las plantas,
sierpes que su sed de jugos
en líquida sierpe sacian.

Luego, corre por la acequia
el manantial de Oromana,
trocado en líquido cielo
que del infinito habla,

al saciar la sed del cuerpo
despierta la sed del alma,
que siente ante el raudo espejo
del más allá las nostalgias.

Y por herido acueducto,
el zafir, trocado en plata,
se proyecta en el vacío,
reptil de inquietas escamas,

y deshecho por las quiebras
de la margen hechizada,

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1933.

bajo redes vegetales
de las florecidas zarzas,

afluye al espejo brujo
de la líquida esmeralda
que refleja los molinos,
de las márgenes fantasmas,

y los ruinosos castillos
donde la leyenda canta
las kasidas del Oriente
en las guzlas de las aguas.

Del Guadaíra en el misterio,
el manantial de Oromana
corre al Betis caudaloso
y en Atlante se desmaya.

Sobre fértiles alcores,
entre lentiscos y jaras,
bajo cipreses y yedras,
el agua suspira y canta,

toda la paz de los campos
y el misterio de la calma,
y es la voz de la Belleza
el manantial de Oromana.

Ríe el agua en los alcores
y suspira en las cañadas
y gime por los peñascos
y grita por las gargantas.

El agua es la transparencia,
es la inquietud, la nostalgia,
la música y el latido,
el símbolo de las almas.

El agua corre anhelante,
sin volver atrás la cara,

y la imagen que refleja
olvida por la inmediata,

sin que logre en su deseo
en los mares sepultarla.
La imagen fiel del progreso
el agua corriente encarna.

El agua es la voz del campo,
es la madre de la savia,
es la sangre de la tierra
que el himno a la vida canta.

CRÓNICAS DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

HA MUERTO UN POETA*

Alcalá de Guadaíra está de luto; el pueblo de los paisajes lleva luto en el corazón: ha muerto su poeta actual, Guerra y Ojeda, heredero de los rayos de luz de Gutiérrez de Alba y Monroy y Silva, hijos ilustrados de la ciudad del río encantado.

Guerra fue el poeta de su vida —bonanza sobre tempestad, aura sobre ciclón, rescoldo sobre hielo—, vida de sosiego y de paz, de serenidad y de equilibrio, de sencillez y de modestia, de abstracción y retraimiento, de misantropía y hermetismo, sin ambición de gloria ni afán de riqueza, desnuda de nieblas como estrella sin brumas reflejada en el lago; fue el alma del paisaje guadaireño hecha poeta; alma soñadora y meditabunda, elevada y dulce, con rumor de pinares y albor de molinos en embrujado espejo de esmeraldas iridiscentes.

Era Guerra y Ojeda rotundo sonetista, que nada tenía que envidiar a Manuel del Palacio, el maestro de los sonetos.

Jamás hombre alguno estuvo tan en pugna con su apellido como este apóstol de la paz en la vida y en la poesía.

Apenas supimos mi padre y yo, sus amigos leales, la indigencia de su salud, nos apresuramos a visitarle, postrado en el lecho del dolor, donde se conoce a sus amigos. En él lo hallamos demacrado y escuálido y empalidecido, como yacente estatua de marfil animada de súbito por el fuego de la gratitud hacia la amistad demostrada. En atención a ésta, ordenó a su hijo Jacob, que no se separaba de su lecho, lo incorporara en él, mandato que el hijo obedeció con filial amor, y trocado el poeta en estatua sedente, leyó sus poesías con entonación emocionante. Parecía un muerto leyente, un cadáver que se incorporaba en su sepulcro y realizaba el milagro de leer, una estatua yacente animada sobre su lucillo de piedra por la nigromancia del misterio. Su perfil hebraico de antiguo patriarca, acentuado por la gubia del sufrimiento, se dibujaba con decisión sobre la pared blanqueada como sobre una estela de mármol.

* Periódico *El Liberal* (Sevilla), 24-enero-1934, p. 1.

Fue el poeta que nos ocupa un enamorado del pueblo hebreo, contemplado a través de la Historia, amor que fulgura y culmina en la serie de sonetos de bíblicos temas que esculpiera su pluma convertida en cincel, poeta de su vida, rico de corazón, eligió a la mujer más pobre para compañera de su alma y madre de sus hijos, y a ella dedicó sus más tiernas estrofas; espíritu lacónico y sutil, halló adecuada forma su expresión en el renacentista soneto, plúmbeo y artificioso género literario, que él convirtió en ingravido y sencillo, grato para panal de cera henchido de mieles.

Era Guerra y Ojeda un moralista laico, un viejo moderno, libre de prejuicios, que amaba el Arte por el Arte, la Moral por la Moral y el Bien por el Bien, sin la interesada esperanza en las recompensas ultranación, así era su ética, lumbrera de su espíritu; fue un hombre bueno sin el freno de las religiones positivas, por espontáneo sentimiento; poeta de la paz, del amor y de la virtud, planta de eternas flores que tiene sus raíces en la tierra fecunda de la Epístola Moral a Fabio; como su maestro y compatriota Gutiérrez de Alba; autor de la oda “Al suelo natal”, amó a su patria chica con amor encendido; era una figura con relieve y con propia personalidad, que se llevó a la tierra un estilo de recitación empapado en nostalgias hebraicas y en sinceras melancolías, y era un histórico republicano que nada pidió a la República y, siguiendo las huellas de aquellos gigantes del 73 que se llamaron Figueras, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, Bonet, Roque Barcia... murió humildemente, impremiado apóstol, no endiosado caudillo. La República enaltecerá su memoria, rotulando con su nombre una calle de su pueblo natal, e imprimiendo una selección de sus obras.

Descanse en paz el dulce poeta que hizo de la vida y del arte un doble poema de paz, prefiriendo a la palma de Marte y de Belona la oliva de Minerva y el laurel de Apolo.

En estos desdichados tiempos de idealistas sin idealidades y de pescadores de dietas, que piensan y sienten con el estómago, debemos exaltar la memoria de los poetas y de los hombres buenos, para ejemplo de las generaciones.

EL NUEVO REAL DE LA FERIA EN EL CASTILLO*

Para la instalación del Real de la Feria en el Castillo, donde desde el año anterior se viene emplazando, han durado los arreglos y restauraciones del dicho sitio cuatro años y se han invertido en ellos por encima de setecientas mil pesetas, siendo los tales trabajos realizados bajo la dirección técnica del Perito Aparejador Salvador Vélez, secundada por la perseverancia del Alcalde Presidente, don Francisco Mesa Santos, así como por la de la Comisión de Feria y Festejos.

La Feria se ha vestido el traje de volantes, se ha tocado con la peina, los claveles rojos y las amapolas de fuego, y buscando más ameno lugar para su solaz y esparcimiento, se ha subido por la escalonada cuesta de Santa María al cerro del Castillo.

La Feria, coronando el alcor, el histórico cerro del Castillo, desde donde se abarcan y dominan dilatados y bellos horizontes, encantados y paradisíacos panoramas, es la Feria digna de Alcalá de Guadaíra, de la Ciudad de los Paisajes, pues donde se venía celebrando antes carecía de fondo adecuado, de ambiente local, propicio; era la Feria sin relieve, sin fisonomía propia, sin carácter, el lienzo sin marco, el cuadro sin moldura; la Feria vulgar y anodina; la alcalareña Feria apócrifa; hoy es la Feria original y auténtica, la Feria de Alcalá de Guadaíra, de Constantia Julia, de Hienipa; está en su propia salsa, tiene su carácter y su aroma; está en su ambiente, en los maternos brazos de su historia, de su leyenda y su tradición; aquí, el Castillo la mira, la acompaña la ermita del Águila, pétreo nido de Águila Mística, hogar de su Virgen Patrona; aquí, le abre sus brazos la Cruz de los Caídos; aquí, la olean los frescores de las verdes brisas fragantes que le llegan de los pinares, rumorosos piélagos de vegetación; aquí, la arrebolan el poniente y el lubricán, las auroras matutinas y vespertinas con iridiscencias de polícromas fraguas fantásticas; desde aquí contempla sus paisajes, desde aquí los abarca todos, los acarician sus miradas con maternal amor desde la torre de la iglesia de Santiago, elevada en trece metros más merced a la magia arquitectónica del ilustre arquitecto D. Juan Talavera, máximo exaltador del arte barroco hispalense, cristizador de los ferventísimos anhelos de D. Andrés Galindo Campos, digno cura párroco

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra (Alguadaíra)*, 1947.

del referido templo; desde los molinos del Guadaíra, de los tan evocadores y eufónicos nombres de Almanzor, del Adufe, del Arrabal, del Algarrobo, de San Juan, de Benarozza, de la Aceña; desde el puente romano y la ermita de San Roque, hasta el mar de tierra de la vega, con las sierras de Morón al fondo, azules de distancia; y hasta la columbra Sevilla en la noche con los ojos de la Giralda, como una constelación de encendidos colores posada sobre el cerro lejano.

Con esta nueva Feria de Alcalá la ciudad ha vuelto al Castillo, de donde saliera hecha villa, y, después de siete siglos de silencio, hoy resuenan las sonoras carcajadas de madera de las castañuelas repiqueteadas por los ágiles dedos enhiestos de las bailadoras andaluzas, donde ayer resonaran las transparentes risas de metal de los crótalos de las bayaderas almohades, cuando la princesa Alguadaíra soñaba y eran las alturas jardines encantados por las murallas, custodiados por los almenados torreones como jenízaros de piedra; donde ayer sonara la guzla, hoy resuena su nieta la guitarra, rompiendo un silencio de siglos con el suspirar de unas notas que suenan a campanas de plata, a líquido cristal en las azudas y vibrantes sonsonetes férreos del martillo que pica la piedra en los molinos harineros, que perennemente contemplan su imagen encantada en el espejo brujo de líquida esmeralda del Guadaíra, el río legendario y tradicional, inspirador ayer de amorosas kasidas, cuyas hechizadas riberas soñaran los poetas almohades, ruiseñores de sus alamedas, anticipos de los vergeles del Paraíso del Profeta.

FERIA EN EL ESPACIO*

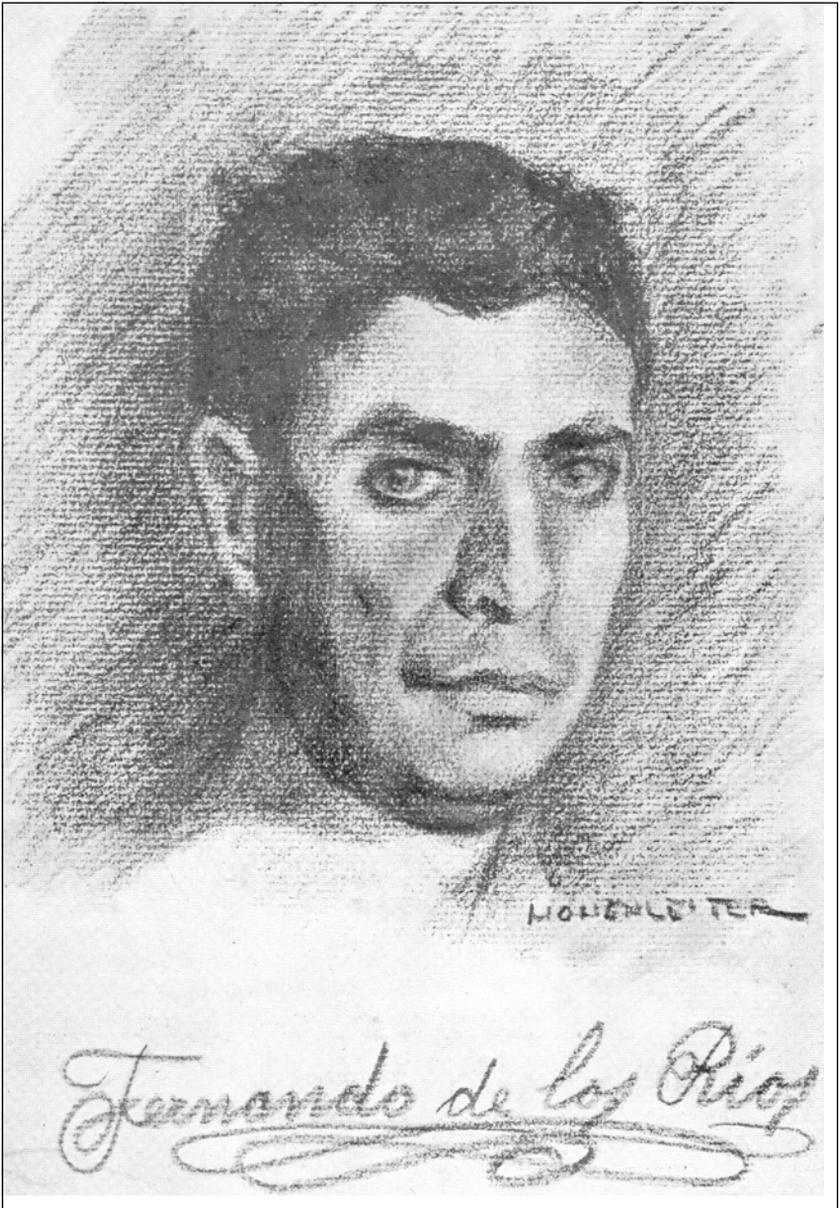
Hienipa, la griega; Julia Constancia, la romana; Alcalá de Guadaíra, la mora; la ciudad de la Virgen del Águila, celebra sus deslumbradoras fiestas.

En torno al pétreo nido mudéjar del Águila celestial, como dijo el poeta alcalaense Gutiérrez de Alba; enhiesto en la cúspide del cerro del castillo roquero, “El mayor castillo almohade de España”, al decir de Seco de Lucena, en cuyos ruinosos torreones, petrificadas guzlas del pasado, la verde y blanca brisa de los pinares y de los molinos (árabes con cimentaciones romanas, como dijo Lampérez y Romea) gime kasidas de nostalgias por la bella princesa Alguadaíra, se congrega Alcalá —Castillo en el castillo— reintegrada a su lugar de origen, para festejar a su Patrona, la simbólica Virgen del Águila, la milagrosa imagen de la devoción alada y ascendente.

La Ciudad, encarnada en la hermosa mujer guadaíra, digna descendiente de la romántica princesa citada, baila las optimistas y jocundas sevillanas, al compás de las sonoras carcajadas de madera delos “palillos”, nietos de los crótalos de plata y de oro del Oriente, y al son de las guitarras, nietas de las guzlas mauritanas, a la blanca luz del sol matutino, a los cálidos fulgores de los celajes del Poniente, sobre los flameros de los pinos y al fulgor de las constelaciones multicolores de los farolillos a la veneciana, astros de papel luminoso de un fantástico firmamento, sobre la frágil y efímera ciudad de madera y de lona, emplazada sobre la cúspide del cerro por el entusiasmo del pueblo de los bellos paisajes.

Alcalá de Guadaíra, silo y manantial de Sevilla, ha colgado la feria del Cielo para festejar a su Patrona, la celeste Virgen del Águila, que en la noche de Agosto encendida —flor lumínica, que los hielos del desamor no agostan— desciende del Cielo a la tierra, estrella desprendida, y asciende de la tierra al Cielo, blanco aroma divino, ensueño visionado, simulacro de la Asunción, en dogma presagiado, precedida, estelada de millares de almas, como de un enorme bando de enceladas palomas blancas, lampeantes al fulgor de su brillo, que guiadas por la nítida “Águila celestial”, por la “dulce Señora”, afluyen, como Ella, al arrullo divino del Paráclito, al reclamo del acento celeste.

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1948.



Dibujo de Hohenleiter con firma del escritor reproducido en el núm. 1 de la revista *Oromana* (1924)

CRÓNICA DE MI AMOR FILIAL A LA BLANCA CIUDAD DEL GUADAÍRA *

Antonio Llopis Sancho, amigo leal y excelente escritor, me dirige las siguientes palabras, que estimo en cuanto valen y le agradezco: “Estamos confeccionando una revista titulada “Alcalá de Guadaíra y sus fiestas” y como es de rigor en ella no puede faltar la colaboración de Vd. por dos razones imponderables: una por nuestra buena amistad, otra por ser Vd. cronista oficial de la ciudad. Yo acepto complacido el honor que se me dispensa, máxime profesándole el filial cariño que le profeso a la ciudad de los encantados paisajes, que eternamente se contempla con ególatra narcisismo en el hechizado espejo de líquido esmeralda de su río, donde está encantada eternamente su imagen, con las de sus molinos harineros que sueñan con fantasmas de huríes, ingravidas visiones del Paraíso de sus márgenes, y con la de su ingente Castillo, “el mayor Castillo almohade de España”, al decir de Seco de Lucena, que corona el dorado alcor, sobre cuya cima se asienta la medieval ermita mudéjar pétreo nido blanco del Águila Fúlgida hacia la que vuelan las almas, en bandos sedientos de luz y nostálgicos de ternuras maternas, y hasta las que descienden sus alas en un vuelo de llamas de amor, en la noche estrellada de agosto, bajo las miradas fulgurantes de los ojos del firmamento.

Yo venero dos patrias chicas, que son grandes en mi corazón: Sevilla, donde vi la primera luz el último día de un distante mayo —ya tenían las rosas más espinas que pétalos, por lo que tal vez guardo más de estas que de aquellos en mi alma—, y otra, Alcalá de Guadaíra, donde he vivido las más doradas horas de mi vida, donde amé, amo y amaré con entusiasta amor profano, la belleza de sus mujeres, de sus monumentos, de sus tradiciones, de sus leyendas, de sus flores y de sus paisajes, y con incandescente amor divino la belleza del Águila Mística que desde la cúspide del alcor protege con sus alas de luz a la ciudad amada, toda albor de cales, de pulquerrima nitidez de azahares, de magnolias y de azucenas, como purificada en su fulgor, mundificada por amor a Ella.

Hoy, subjetivamente, mirando tan sólo hacia dentro, sólo escribo la crónica de mi amor filial a esta bendita tierra de Alcalá de Guadaíra, siempre en flor

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1949.

y en fruto de belleza y de gracias, la crónica del amor del cronista hacia la encantada ciudad de los paisajes, en la que mi infancia jugué con las doradas mariposas de su luz y con las libélulas rosas de sus brisas, y adulto, en mis peregrinaciones de arte a través de sus campos de hechizo, descansé, soñando despierto, bajo los pinos de Santa Lucía, gigantescos y centenarios, dignos de cobijar a su sombra a las triunfadoras huestes de César; y como los poetas árabes del tiempo de Ajataf y de la princesa Alguadaíra, y como Cristóbal de Monroy y Silva, José Gutiérrez de Alba y Antonio Guerra Ojeda, aprendí a cantar de los ruiseñores del Guadaíra, alados poetas románticos, perdurables habitantes de las encantadas florestas de Oromana, donde en cada flor sueña un cerebro y un corazón palpita en cada hoja; y del murmullo de las fontonas y de los manantiales hienipenses, de griega rememoración, tierno llanto incoloro emanando del ala del misterio, que fluye de la piedra herida, como por la vara de Moisés y se vierte en el lacrimatorio de esmeralda del espejo encantado del río anticipado; y del rumor de pleamar del viento en las verdes cabelleras de los pinares, que habla del ruido del Océano, como un caracol al oído.

Ciudad de los encantados paisajes, sugestionados por tu gracia, todos los artistas te aman, todos los poetas te cantan: Blanca de los Ríos, en “Siega de rosas”; Eugenio Noel, en “Joaquín el de la Paula”; Eduardo Zamacois, en su más entusiástica prosa; Pedro Raida, si austriaco de naturaleza, español de nacionalidad y de espíritu en la fundación de la revista “Oromana”, nacida en Alcalá y muerta en Sevilla, que era como una cordial lira multicolorde, cuyas cuerdas pulsamos todos en alabanza a la ciudad, a su sol, a su azul, a sus campos, a sus monumentos, a sus flores, a sus mujeres, en cuyos ojos agarenos de moras conversas, al brillo del amor profano se une el celeste del amor místico.

Alejandro Collantes, subyugado por la gracia de una alcalareña, improvisa esta “solearilla”, llena de espontáneo gracejo:

“En la Venta de Platilla
yo vi a la mujer más guapa
de Alcalá de Guadaíra”.

Todos los pintores te pintan, copian tu belleza romántica: Manuel Barrón, en tus molinos de Almanzor y del Adufe, con figuras de patilla y tabuco;

Martín Rico, en tu puente romano; Sánchez Perrier, en tus más poéticos lugares, bañados en las más finas luces; García y Rodríguez, en los álamos de plata y esmeralda que se miran soñando en el dormido cristal del río, al pie del molino encantado, lienzo de finos grises que hiperbólicamente titula “Un rincón del Paraíso”; Nicolás Alpérez, con “Misa de alba”, en tu ermita de San Roque, que corona el Calvario, obra de suave perfume, de sedante paz campesina, y en “Cuento de brujas”, sugestivo interior ambientado en la casa del guarda de Oromana; Lafita y Blanco, en los paisajes del Algarrobo y de los pinares del Batán; José Arpa, en tus lienzos de los molinos, de tus alcores y pinares, al beso de la puesta de sol encendidos con iridiscencias de calientes colores amarillo naranja, bermellón y carmín, tierra de Sevilla y siena tostada, y apagados con limpios azules y entonados y finos violetas; el pintor holandés Cristián Huidcopper, en tus alamedas de Oromana; el pintor inglés Cristóbal Hall, un hijo de la rubia Albión, enamorado de la morena Andalucía, en tus figuras de carácter y en tus alrededores de leyendas; y hasta escandinavos acuarelistas, adscritos al impresionismo contemporáneo, que influyeron en el concepto plástico y en la técnica de algún acuarelista local, vinieron desde las nórdicas penumbras a encender en sus pinceles como velas de cera litúrgica en la llama del sol de la “Bética ubérrima e inmortal”, bajo la turquesa de tu cielo atraídos por la voz de la Fama. Y si los extraños te aman, reina del Guadaíra, ¿no te amarán los propios, tus hijos, los que hallan en tu suelo su cuna, y los que atraídos por tu encanto, como acero por el imán, como mariposa por la luz, conquistadores conquistados, en ti fijan su residencia?

El jienense Luis Contreras, paisano de Martínez Montañés, de Alcalá la Real, un acuarelista excelente, al que no se le haya hecho justicia, enamorado de la dulce melancolía de las márgenes de tu Guadaíra, de las igniciones de tus atardeceres sobre tus empinados cerros y tus encaramados pinares, se pasó la vida copiando, interpretando tus paisajes, aprehendiendo en innumerables obras, la transparencia de su atmósfera, la finura de sus matices, la entonación de sus conjuntos. Y un hijo tuyo, Manuel Luna, que en innumerables lienzos exalta tus paisajes, morirá con paleta y pinceles en las manos, interpretando tus bellezas, en éxtasis casi religioso.

Reina de los alcores, morena sultana del Guadaíra, esfumada en los blancos tules de tus nardos y de tus jazmines, más fragantes que los de Bagdag,

mahometana convertida al catolicismo, ya erguida ciudad mariana, esbeltizada en el azul, en hierático anhelo de su Patrona, que desciende del Cielo a la tierra para iluminarte el espíritu e inundar de fulgores tu alma; aunque llore nostalgias de ausencia, yo siempre vivo en ti, a tu recuerdo incorporado; el aroma de mi corazón, unido al perfume de las flores campestres que alfombran tus pinares, tus valles y tus cerros, tu campiña y tu vega; el fulgor de mi alma, emanado del Celeste Sol de los soles, a la luz azul de tu atmósfera; y tú habitas perpétuamente en mí, armonía y ritmo interior, llama de los fanales de mi flota espiritual, encendido faro de sueños que ilumina mis recónditos mares, en la oscura noche del alma, estela de las singladuras de mis quillas en los imaginados periplos, en los irreales itinerarios por los mares de la fantasía, junto a los litorales del sueño, isla de inefable reposo en el embravecido piélago de mi vida y florido oasis de calma en los arenales del infortunio, donde ruge el simoum de las penas y aúllan los chacales de la angustia.

Amada ciudad del Guadaíra, el Águila Mística te cobije perpetuamente con sus abiertas alas de luz, como un manto de estrellas arrancadas al firmamento, y su aquilina celestialidad, que bebe luz divina en el Eterno Sol de la Gloria, purifique el barro de mi ser, inundando de fulgores mi alma.

LOS PINOS*

Los pinos de Alcalá de Guadaíra descienden de la antigua Hienipa, la de los cantores manantiales, de los árboles de perenne verdor, nietos de los pinos de Grecia, de los que decoraron las colinas del Ática y vieron el Acrópolis de Atenas, en torno al armónico Partenón, euritmia perdurable de Ictino, allá en el dorado siglo de Pericles, lleno del donaire de Aspacia y del genio deslumbrante de Fidias, el rotundo estuario de Minerva y definitivo estilizador decorativo del friso de la Procesión de las Panateneas, cincelada diadema marmórea del templo gentil inmortal; y de los que saludaron a Roma con los brazos frondosos enhiestos; y de los pinos de Santa Lucía, que eran gigantescos y centenarios, dignos de cobijar bajo su densa y hospitalaria sombra a las huestes triunfadoras de César; a los que el hacha aleve, asesando el tajante golpe mortal, los derribó por tierra, con aquellas torres de Itálica que a su gran pesadumbre se rinden, cual las canta Rodrigo Caro, y, ya cristianos ellos, por el nombre de la ciega vidente, perfumaron el filo del hacha heridora con la intensa fragancia de la sangre de sus abiertas venas, en una generosa venganza, que bien por mal devuelve, como el abeto y el mastranto, el tomillo y el romero embalsaman el pie que les pisa, en una franciscana imitación del nazareno, del Divino Rabí de Galilea que acaricia la Cruz que le agobia y le afrenta; los pinos alcoreños, en las cúspides de la Reconquista, fueron arrogantes centinelas, que, desde los floridos alcores, oteando los horizontes divisaron a las épicas huestes del Santo Rey coronado el erguido cerro, que llamaron de Malas Mañanas, por tenerlas aquellos sitiados, habitantes del jardín florido del “mayor castillo almohade de España”, al decir de Seco de Lucena: y oyeron las amantes kasidas que el cristiano Garci-Meléndez entonaran, al son de la guzla, a la bella princesa mora Alguadaíra, cantada por Gutiérrez de Alba en “Ajataf”; ellos saben de la poética leyenda de la Cueva de la Mora o La Tapada, escondida en la márgen de hechizos, bajo campanillas azules y “tupida madreselva” becquerianas; los pinos de Oromana, amigos de la cumbre, como las aves, estáticos soñadores, contemplan desde los alcores, las bellezas del Guadaíra, el encantado espejo de líquida esmeralda en el que se mira el paisaje con tersas y brillantes hojas, cual fantástico crótalos vegetales, de esmeralda por el anverso por el reverso de plata, repiqueteados por los invisibles dedos de las auras verde y azules; los molinos, “árabes con cimentaciones

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1950.

romanas”, como ha dicho Vicente Lampérez, en su “Arquitectura rural”; las adelfas en flor, en fin, rosas de ilusiones pristinas; en ellos anidan las águilas, bajo lozanías perennes, ventalles de absoluto verdor, que, estremecidos por las brisas, evocan el murmullo del mar, y ellos ven descender el Cielo y ascender a él la visión de la Virgen del Águila, “Águila celestial, dulce Señora”, que inspirado cantará el de Alba, en el alba de sus estrofas, en la oda “Al suelo natal”.

Pinos, hermanos del ciprés en el verdor perenne; pinos gentiles, griegos y latinos, árabes y cristianos, fraternos de la oliva de paz y de las esbeltas palmeras que Abderramán trajo a España, inmóviles anacoretas, soñadores poetas románticos, fantasmas de verdes cabelleras flotantes, fértiles rui-señores del agro, cítaras, liras, arpar, adufes, caramillos, siringas, guzlas y vihuelas, dignos de ser pulsados y tañidos por el dios Pan y por Orfeo, por Anacreonte, Bion de Smirna, Mosco de Siracusa, Safo y Alceo, por David, por Motamid y por Itimad y por el poeta alcalareño del Siglo de Oro Cristóbal de Monroy y Silva; pinos de Alcalá de Guadaíra, solitarios de los Alcores, que el hacha no os vuelva a herir, ni el brazo del ciclón os tronche, ni os carbonice el rayo, para que las mareas del Sur os pulsen y os tañan catando la hermosura del paisaje, las fantásticas puestas de sol, sobre las que vuestros contornos se estilizan decorativamente con ritmo y movimiento casi humanos de plástica inquietud, y la divina idealidad de la Patrona de la celeste advocación alada.

HOHENLEITER, PINTOR DE ALCALÁ*

Desde que Pedro Raida fundó la revista “Oromana”, donde colaboró asiduamente, con feliz acierto decorativo, desde sus primeros paisajes del Zacatín y del Molino del Arrabal con el Castillo al fondo, en los que se respira el nítido ambiente de las horas matutinales, purificadoras del alma, hasta los recientes del Calvario y del Molino del Almanzor, de románticas evocaciones de los cuadros de Lucas y de Alenzo, Paco Hohenleiter es por antonomasia el pintor de las bellezas de la Ciudad de los Paisajes, de Alcalá de los Pintores, el pueblo fervoroso y artista que celebra su Semana Santa y su Feria en el cielo, sobre la eminencia de los alcores.

Dibujante de correcto dibujo, lleno de gracia, como los de García y Ramos, y pintor de brillante, limpio, diáfano y jugoso colorido, ya exaltado, ya justo, ceñido al natural, Hohenleiter capta el detonante luminismo, la riqueza cromática, la policroma gama, colorista, no colorinista, y aprehende los más finos matices y los más entonados grises de la ribera del Guadaíra.

Hohenleiter conoce y cultiva felizmente todos los procedimientos artísticos: el dibujo a pluma, a tinta con pincel, a lápiz plomo y compuesto, a a sanguina, al “guache”, con el mismo acierto que practica la acuarela, el pastel, el temple y el oleo, con espátula y pincel, combinados, y domina la técnica como pocos; es pintor que sabe el oficio, y elegir el tema, concebir, componer y corta el cuadro con decorativo concepto; posee el secreto de la perspectiva lineal y aérea, que con matemática precisión marca los términos y da profundidad al paisaje, envolviendo en atmósfera sus accidentes; ve el color y armoniza y entona con temple y seguridad, que siente y expresa con acierto innegable, y anhela, con el entusiasmo de un niño, y pinta con sinceridad, como en su primera juventud, con ágil pincel, con pueril alegría, como si jugara a pintar; por eso su pintura es espontánea, sencilla y natural, de una claridad meridiana, exenta en absoluto de extravagancias, excentricidades, estridencias y convencionalismos, llegando a los ojos y al alma de los espectadores de sus cuadros, que no estén intoxicados de modernismos, porque es realista y veraz, como la naturaleza que la inspira, no teniéndola que falsear el pintor, porque le basta para la realización de su

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1953.

obra con las fieles interpretaciones de las naturales bellezas que contempla, admira, siente, estudia y analiza.

Póstumo discípulo de Goya, seguidor y continuador de Lucas y de Alenza, dinámico y vibrante, luminista y espléndido, Francisco Hohenleiter es uno de los mejores intérpretes de los paisajes de Alcalá de Guadaíra, por donde han desfilado paisajistas de todas las orientaciones y tendencias, de diversos países, entre los que descuellan Manuel Barrón, Cabral Bejarano, Valeriano Bécquer, Martín Rico, García y Ramos, Gonzalo Bilbao, Nicolás Alpériz, Sánchez Perrier, Lafita y Blanco, García y Rodríguez, Huidecopper, Cristóbal Hall, Pinelo (padre e hijo), Wintuysen, Rico Cejudo, Pastor Argudín, Hidalgo Linares, Toba Villalba, José Arpa, Joaquín González Sáenz..., auténticos artistas enamorados de la sugestiva hermosura, de la encantadora belleza de la Ciudad de los Paisajes, de Alcalá de los Pintores, que es la tierra más pintoresca de la provincia de Sevilla, una de las de mayor interés artístico de nuestra región privilegiada, de la “Bética ubérrima e inmortal”, que dijo el fundador de Oromana.

CRÓNICAS DE ARTE ALCALAREÑAS SÁNCHEZ PERRIER Y ALCALÁ*

El ilustre paisajista español Emilio Sánchez Perrier vio la primera luz en Sevilla, la Ciudad de la gracia, en una casa de la antigua calle del Gran Capitán, a la sombra del sagrado paisaje urbano de la Catedral, que diríase le infundiera a su arte la serenidad de su espíritu. Por eso, el pintor halla propicio ambiente en el inefable paisaje de Alcalá de Guadaíra, el más apacible de Andalucía, al que su alma quedó incorporada perdurablemente, como un perfume o una brisa.

Adscrito a la pictórica escuela constructiva y pormenorista, tan en boga en su época, dio la tónica de máxima finura de concepto, de sensibilidad de dibujo y de colorido, de matiz y de entonación, de fondo y de forma, descollando en la interpretación de la nota gris, de la media tinta suave, insuperablemente lograda.

Enamorado de la encantada y encantadora ribera del Guadaíra, se pasó la vida copiando sus bellezas alucinadoras, donde cantan perdurablemente los ruiseñores, rimando su cantar con las fuentes.

D. Emilio Sánchez Perrier, excelente persona, perfecto caballero, leal amigo, paternal maestro, corazón de niño, alma de primitivo, de monje minador de códices, hombre de afable trato, a quien yo alcancé en sus últimos años y con cuya amistad me honré, era un anacoreta del arte, un solitario de la contemplación; más que un post-romántico, un neo-romántico, amante de la soledad y del silencio, de la paz y el sosiego, de la serenidad y del reposo, un franciscano espíritu hermano de la flor y del agua, de la paloma y de la luz, un enamorado de la dulce, apacible e inefable belleza de los paisajes del Guadaíra, embrujado espejo de líquida esmeralda, donde están perdurablemente encantadas las imágenes de los árabes molinos harineros, cuyas torres son gigantes fantasmas blancos envueltos en nevados alquiceles, y la del ingente Castillo, el mayor de los almohades de España, donde habitan perpétuamente las sombras legendarias de la princesa Alguadaíra y el guerrero Garcí-Meléndez, en eterno idilio de amor; río en cuya feraces orillas crecen álamos blancos de plata y esbeltos pinos, chopos, cipreses,

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1955.

oraciones vegetalizadas en la verticalidad del anhelo, y florecen adelfas y mirtos, como en las márgenes de los gentiles ríos de Grecia, y madre selvas y azules campanillas, como en las rimas del poeta romántico Gustavo Adolfo Bécquer, cuyos paisajes literarios tienen fraterna analogía con los pictóricos paisajes de Sánchez Perrier, más que los de sus contemporáneos, porque este fino paisajista, rezagado romántico, fue poeta sobre todas las cosas, pictórico cantor enamorado de la paradisíaca ribera de Alcalá de Guadaíra, la Ciudad de los Dulces Paisajes, cuyas interpretaciones sentidas eran fieles espejos de su alma.

ALCALÁ DE LOS PINTORES*

Alcalá de los Pintores
pinta su Feria en el cielo,
de donde el Águila Mística
baja a cobijar su pueblo,
a cubrirlo con su manto
de estrellas y de luceros,
hoguera donde las almas
arden en celestes fuegos,
invisibles mariposas
de paradisiaco otero.
La Ciudad de los Paisajes
tiene paisajes de ensueño,
con pinares y castillos
y molinos harineros,
aún más blancos que la harina
que muelen sus piedras dentro,
y a la líquida esmeralda
del río brujo dan destellos.
Hienipa, como Narciso,
en los fluyentes espejos
de las fuentes se contempla
hasta esfumarse en el tiempo.
En los bosques de Oromana,
que es Paraíso terreno,
la que fue Reina Mercedes,
de juventud floreciendo,
soñó con Alfonso XII
en amor de romancero.
En sus vetustas ruinas,
sepultado en el misterio,
sueña un príncipe de piedra
con diosas de carne y hueso.
Las sombras de Alguadaíra
y Garcí-Méndez, sueños,
vagan por las alamedas
del Guadaíra, en el misterio.
Alcalá de los Pintores
pinta su Feria en el cielo.

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1956.

CRÓNICAS DE ARTE ALCALAREÑAS ALCALÁ DE GUADAÍRA EN LA PINTURA UNIVERSAL *

En el fecundo mar de tierra de la vasta llanura hispalense que domina el simbólico faro de la Giralda, como blanca isla de paz o jirón de sierra fragosa echado por la mano de Dios en el seno de la campiña, aparece en inesperada visión que sorprende y deleita y subyuga Alcalá de Guadaíra, la ciudad de nuestros ensueños.

Alcalá de Guadaíra o de los Panaderos, que también nos place llamar de los Paisajes o de los Pintores, atrae, sugestiona y encanta, en todos los tiempos, a pintores de las cinco partes del mundo, que copian la ribera del Guadaíra, embrujado espejo de líquida esmeralda espejante de sus harineros molinos “árabes con fundamentos romanos”, cuyas torres enjalbegadas parecen inmóviles fantasmas de gigantes emires envueltos en blancos alquiceles; las ruinas de su Castillo, “el mayor Castillo almohade de España”, encaramado en el alcor, coronado con la mudéjar ermita de la Patrona,

Aguila celestial, dulce Señora,

que cantara Gutiérrez de Alba; los pinos de Santa Lucía y el del Rincón, gigantescos y centenarios dignos de cobijar a su sombra a las triunfadoras huestes de César, y sus huertas lozanas, oasis de leyendas y tradiciones, como aquella de la Tapada.

No sería absurdo imaginar, a pesar de los escasos y deficientes medios de comunicación de aquellos tiempos, dada su proximidad a Sevilla, que los paisajes de Alcalá de Guadaíra, tan decorativos para fondos, fuesen conocidos por el padre de la pintura sevillana, Juan Sánchez de Castro, posible autor de la tabla de la Natividad de la mencionada ermita del Águila, carbonizada por el salvajismo de la guerra en 1936; fuesen contemplados, también, por el pintor de la verdad, que plasmó la alameda de Hércules, de Sevilla, embellecida con jardines, fuentes y estatuas por el conde de Barajas, asistente de la ciudad en el siglo XVI, y cantada por el poeta alcalareño

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1957.

Cristóbal de Monroy y Silva en una de sus comedias elogiadas por el Fénix de los Ingenios; admirados por Velázquez, que habría cuajarse paisajista en los cuadros de la villa de Médecis, y en los fondos de los retratos ecuestres y cinegéticos de los Austrias y del privado conde-duque de Olivares, como conocidos, contemplados y admirados por Bartolomé Esteban Murillo, el pintor del cielo y de la tierra, que amaba el paisaje como fondo para sus interpretaciones realistas.

Pintores de distintas nacionalidades, adscritos a diversas escuelas pictóricas, interpretan en todas las épocas los paisajes de Alcalá de Guadaíra, para divulgar sus bellezas por ambos mundos.

Incorpórase el paisaje de Alcalá al arte del romanticismo en los cuadros de Valeriano Domínguez Bécquer, de Cabral Bejarano, de Benjumea, de Manuel Barrón, de María Teresa Nostench, de Martín Rico, cuyo celebrado lienzo del puente romano sobre el Guadaíra fue vendido en una importante suma en Nueva York, y Alcalá de Guadaíra entró en el Museo del Prado con el cuadro del pintor romántico David Roberts, firmado y fechado en 1833, que representa el Molino del Almanzor y el Castillo.

La ribera del Guadaíra, desde el citado Molino de Almanzor hasta el de la Aceña, pasando por los del Arrabal, del Algarrobo, de San Juan y de Benarosa, estuvo poblada de gigantescos álamos blancos, fantásticos árboles de plata y esmeralda que inspiraron a Manuel García y Rodríguez *Un rincón del Paraíso*, finísimo paisaje de tonos grises, reproducido en *Blanco y Negro*; poblada de feraces huertas y espléndidos jardines donde se segaban las flores para fábricas de perfumes, como describe Blanca de los Ríos en su cuento andaluz *Siega de rosas*.

Han pintado Alcalá: José Jiménez Aranda, elogiado tan notablemente por el gran Mariano Fortuny; Fernando Tirado, el gran dibujante y pintor de exaltado y caliente colorido francés, y su mejor discípulo, José María; los hermanos Cortés, Andrés y Eduardo, de las mismas características que el citado maestro Tirado; Cánova, paisajista por excelencia, exclusivamente especializado en este género de pintura; los paisajistas, figuristas y pintores de floreros, con lacas y esfumaderas, Francisco Narbona y Manuel de la Rosa; José Lafita, al que una desgracia familiar le impulsó a refugiarse en el paraíso del Guadaíra buscando lenitivo a su dolor en el cultivo de

la pintura, que tanto distrae y abstrae, produciendo sus mejores paisajes durante esta dolorosa etapa, ya que el dolor nos hace más artistas y poetas cuando nos familiarizamos con él, por lo que viene aquí como anillo al dedo lo que José María Izquierdo me escribió con motivo de la publicación de mi primer libro de versos: “El dolor amigo ha vuelto a mi alma con el ritmo interior de sus versos. En verdad, en verdad, que sin dolor no acierto a comprender la vida. Y nos empeñamos, vanamente, en huir de él”; Emilio Sánchez Perrier, correctísimo dibujante y excelente y fino colorista de sedantes entonaciones, conocido en aquel post-romántico París de sus tiempos; su discípulo Felipe Gil Gayango, fecundo e incansable paisajista, obrero manual metamorfoseado en artista para obra y gracia de su vocación irresistible; Manuel González Santos, mejor dibujante y pastelista que oleísta, pues nada tuvo que envidiar a Béjar en aquel procedimiento pictórico, aunque arbitrario intérprete del natural, que como García y Rodríguez compartía sus tareas alcalañenas al aire libre con las de Sánlúcar de Barrameda y La Jara; José Pinelo que llevaba la pintura española al Nuevo Mundo; José Arpa y Perea, el decano, que jugaba a pintar con la pura ilusión de un niño, con espátulas y pinceles, para deleitarse y deleitar, hasta cerca de un siglo; Sanz Arisméndiz, malogrado pintor de talento; Guillermo Gómez Gil, el laureado marinista, que también triunfó en la interpretación del paisaje terrestre y fluvial; el maestro Gonzalo Bilbao, paisajista sobre todas las cosas, y pintor de la luz y del aire en *La siega*, *La danza de los seises*, *La esclava*, *Madrecita* y *Las cigarreras*; José Rico Cejudo, sevillano por antonomasia, que hizo “juerga” de la pintura como pintura de la “juerga” y cante “jondo” de la vida; Nicolás Alpériz, alboreante sacerdote plástico de *Misa de alba* y embrujado narrador pictórico de *Cuento de brujas*; Javier Wintuysen, moderno paisajista de sentido geométrico, que ha muerto en la ciudad condal simetrandos sus jardinerías; el inglés andaluz de Gibraltar, Gustavo Bacaristas, de rotundo concepto decorativo, que dibuja matemáticamente, con precisión de ciencias exacta, y diríase que pinta con gemas de Oriente o aprisionado el iris en su paleta con sinfónicas entonaciones de romántica sensibilidad, y es uno de los más completos pintores contemporáneos de Europa, en nuestros días; el británico Cristóbal Hall, más figurista que paisajista, que ha sabido llevar al lienzo el carácter y la expresión de los modelos vivos alcalañenos, de étnicos rasgos fisionómicos, de almohade atavismo; los argentinos Rodolfo Franco, más aguafortista que pintor, aunque feliz oleísta de los nocturnos hispalenses; José Torre Revello, aprehensor del patio más viejo de Alcalá, colaborador de Oromana, que

fundó Pedro Raida e investigador en el Archivo General de Indias, y Jorge Bermúdez, malogrado pintor ilustre, cónsul de la Argentina en Granada; el soriano de residencia venezolana Victoriano de Vicente Gil, notable paisajista, pintor, a su vez de los nocturnos de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, y el venezolano Michelena, el paisajista, no el figurista del mismo apellido, autor del celebrado cuadro Penteseilea; los cubanos Pastor Argudín, agilísimo y experto dibujante y jugoso y entonado pintor, profesor de dibujo en París, y Adriano Baxter, tan buen figurista como paisajista de concreto dibujo y entonado y sobrio colorido, discípulo de López Mezquita; el holandés Cristino Huidecopper, que con el empleo y uso de los negros huesos y marfil conseguía agradables entonaciones y modelados clarososcuros, imprimiendo a sus cuadros un sabor antiguo de dulce pintura flamenca; un grupo de modernos acuarelistas suecos, cuyos nombres siento no recordar, impresionistas y decorativos que influyeran notablemente en Luis Contreras Carrión, más acuarelista que oleísta, alcalareño de Alcalá la Real, paisano de Martínez Montañés, que se pasó la vida pintando en la ciudad de Guadaíra, viviéndola transparentemente en innumerables acuarelas de sedantes entonaciones y justas calidades; el gaditano Francisco Hohenleiter, especie de torero pictórico, dibujante y pintor de la gracia, enamorado de la pintura como Leonardo de la Gioconda y Rafael de la Fornarina, cuyos paisajes de Alcalá no tienen nada que envidiar a los de los mejores paisajistas románticos; Julio de la Mata, paradójico alcalareño, el primer lunático de cuerdo arte; Del Mazo, tan enamorado de la pintura del paisaje como el yerno de Velázquez, su homónimo; el malogrado José Mellado, que murió soñando con sus lienzos; Juan Hidalgo Linares, de correcto dibujo justa paleta; los ceramistas Cuesta y Ramos, Bermudo y Escalera Vigil, discípulo de García Ramos; Manuel Luna y Rubio, amantísimo hijo de la ciudad de los paisajes, que se pasa la vida interpretando sus bellezas en sus más variados aspectos, plasmándolas con perseverancia y entusiasmo de perpetua juventud de espíritu en innúmeros lienzos presentados en la exposición permanente de la Venta de la Alegría; Peña, otro alcalareño, enamorado del su ciudad natal, fecundo sabedor del oficio, de la técnica paisajista; el chino Shang Tung, estilizador concienzudo de los contornos decorativos de la Naturaleza; el griego que se firma con el seudónimo de Zeuxis, en recuerdo del pintor de la antigüedad, del mismo nombre; Tova Villalba, también notable ceramista; Lozano, de lozano dibujo y sobria paleta; como su maestro el conde de Aguiar; los hermanos gemelos ayamontinos Rafael y Joaquín González Sáenz, pintores de moderno concepto

decorativo, correcto diseño y limpio y exaltado colorido; Juan Talavera, paisajista por antonomasia; el gran Ignacio Zuloaga, que le puso de fondo el cerro del Castillo y el Águila a su cuadro *La víspera de la corrida*. Han pintado Alcalá los maestros Alfonso Grosso, Santiago Martínez, José María Labrador, Agustín y Enrique Segura, Juan Rodríguez Jaldón y todos los pictóricos valores contemporáneos y modernos de Sevilla: Rafael Ortega, Monsalve, que allí se crió; Núñez Villatoro, Fernández Venegas, Cantarero Mesón, Eduardo Acosta, Juan Antonio Rodríguez, Manuel Flores... y el grupo de los nuevos pintores expresionistas, que han utilizado el paisaje como punto de partida y referencia para sus interpretaciones personales; el dibujante Paco Díaz también ha dibujado Alcalá, y el intenso y discutido Romero Ressendi ha fijado su residencia en sus alrededores, dando vista a la perspectiva escenográfica de la ciudad.

Abundamos en la opinión de cuantos propugnan que nuestra ciudad de los paisajes, cuya paradisiaca belleza ha sido divulgada en el mundo por la magia del arte, población de interés histórico, artístico y monumental, debe ser incluida en el itinerario del turismo hispalense, como las ruinas de Itálica y la necrópolis romana de Carmona, y creemos que se debe fundar en ella una residencia de pintores como la del Paular y la de Granada.

En estos luminosos días en los que la ciudad de los paisajes celebra su feria en el cielo, de donde desciende a la tierra el Águila Mística para cobijarla con sus alas de luz perdurables, he querido ofrecer esta crónica de arte alcalaíense a las plantas de la Patrona, como un ramo de sencillas flores silvestres de la primavera perpetua que esmalta su naturaleza privilegiada, permanentemente plasmada por el genio luminoso del arte.

ALCALÁ DE LA BELLEZA*

Hienipa, la griega, Constanca Julia, la romana y Al-Kalat-Guad-Xirá, la almohade, archipiélago de jazmines, más fragante que los de Bagdad, se levanta sobre los alcores en el fecundo mar de tierra de la campiña, a quince kilómetros de Sevilla, mostrando a los ojos del mundo la belleza de sus paisajes, encantados y encantadores, contemplados, admirados e interpretados por los mejores paisajistas extranjeros y nacionales.

Llegando de la Ciudad de la Gracia a la gracia de la ciudad, lo primero que se vislumbra, expectante y maravillado, es la espectacular escenografía del telón de boca de este gran teatro de la Naturaleza, plasmado por el Escenógrafo Divino, por el Sumo Artista Pintor: al fondo, en último término, coronado el oro del sol, que engarza la turquesa del cielo, el Castillo y la ermita del Águila, y, allá abajo, en primer término, el blanco molino harinero del Almanzor, nítido, como polvoriento de harina, dormido permanentemente a orillas del Guadaíra, embrujado y embrujador espejo de líquida esmeralda, que espeja en su barnizada superficie, como precipitada de cabeza en el abismo, la secular imagen del —mayor castillo almohade de España—, al decir de Seco de Lucena, y la ermita mudéjar de Santa María del Águila, Patrona de Alcalá de Guadaíra, que extiende las abiertas alas sobre sus hijos, como aquella Santa María de las Cuevas, de Zurbarán, las de su manto sobre los cartujos en éxtasis.

Se dibuja diestramente, a la diestra mano, el cerro de Malas Mañanas, concibiéndolo bajo este nombre los almohades de Ajataf, al vislumbrarle coronado por las huestes del Santo Rey, a quien se rindió sin combatir Alcalá de Guadaíra, encerrado en el recinto del castillo, en el año 1246, por mediación del Rey de Granada, Ben-Alamar, entrando Fernando III en la villa el día de San Mateo, y en su recuerdo tomó el pueblo por Patrón a este Santo, poniendo su busto en el escudo de armas con que se distingue, descansando el reconquistador algún tiempo en la villa tomada, fortificando su castillo, por estimarlo conveniente para la reconquista de Ixbilia, y en Alcalá recibe la noticia de la muerte de su madre doña Berenguela.

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1964.

“Estuvo el Santo Rey muchos días en el castillo “adobando sus cárcabas e fortaleza”. En una torre que está frente a la iglesia de San Miguel se ven esculpidas las armas de Castilla y de León y en otra torre inmediata a la iglesia de Santa María, un escudo de la orden de Calatrava. “Madoz. Diccionario. Pág. 360”.

Alfonso XI concedió privilegio a la villa e hizo merced de ella a Doña Leonor de Guzmán, en 1332, para toda su vida.

Colón y Colón, refiriéndose al castillo, escribe que no cree romano ni árabe, sino edificado sobre los cimientos de las antiguas construcciones.

“A cada paso notan varias obras que ha sufrido el castillo, ya con objeto de repararlo o de disponerlo para varios ataques y sitios: muchas de esas variaciones las creemos, como la mayor parte de la edificación, de mediados del siglo XIV, cuando los bandos del marqués de Cádiz y el Duque de Medina. Después nada hay de notable en él, si se exceptúa alguno que otro reparto hecho por los franceses en la guerra de la Independencia, con objeto de defender aquel fuerte”.

“En 1367, D. Juan Cardellaco, Arzobispo de Braga, perteneciente al partido del infante D. Enrique, conde Trastámara, fue enviado preso desde Burgos, por el Rey D. Pedro, el Cruel o el Justiciero, al castillo de esta población, donde permaneció hasta la muerte del referido monarca. Igualmente estuvieron presos en él D. Nuño Mejía, D. Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, y D. Pedro Girón, tercer duque de Osuna. El infante D. Enrique de Castilla se apoderó de esta población en 1444, por medio del conde de Niebla, quien la quitó al duque de Arcos, que estaba en Sevilla por el partido del infante de Aragón. En 1473, el duque de Medina Sidonia tuvo intención de venir sobre ella y el marqués de Cádiz de aguardarle en sus inmediaciones, para darle batalla, la que no tuvo efecto porque el duque marcó a Sevilla y el marqués de Jerez. Al siguiente año, 1474, este duque volvió a dirigirse contra ella con mucha gente. El marqués acudió en su socorro. Esperábase que hubiesen venido a las manos, pero se trató de reconciliación, y, efectuada en Sevilla, este castillo fue entregado al Rey, como todos los demás que tenían ambos señores”. Madoz. Pág. 362.

Como vemos, todo el interés de romance y de gesta del castillo se concentra en el siglo XV, esa férrea centuria de las postrimerías de la Edad Media, que ensordece con fragor de epopeya el oído de las edades.

“El primer alcaide que tuvo este castillo fue Rodrigo Álvarez, que al tiempo de la conquista quedó por San Fernando por frontero contra los moros: En 1471 lo era Fernando Arias de Saavedra; en 1478 D. Diego López de Arco; en 1522 D. Alonso Villa Andrade; en 1541 D. Diego de Alcántara; en 1574 D. Martín Fernández Navarro; en 1575 D. Cristóbal de Monroy y Silva, natural de esta villa, esforzado guerrero, escritor de elegante ingenio y acreditado poeta. “Madoz”. Pág. 317.

Un prelado, un prócer, un maestro y un duque gimen la pérdida de su libertad en aquellas mazmorras. La iglesia, la nobleza y la milicia —las tres fuerzas de aquellos tiempos— sufrieron reducidas, a la sombra de aquellos colosos de argamasa y de piedra, erguidos centinelas de la triunfal soberbia y de la fratricida venganza; pero sucumbieron los tiranos, y, mientras se convierten en polvo, el castillo se desmorona y sus restos son el lucillo de la vanidad y el cenotafio del orgullo, donde anidan las águilas del cielo y se arrastran los reptiles de la tierra, entre los cardos del olvido y la zarzas del abandono, y el misterio y la soledad se enseñorean de la cima.

Cuando las centurias belicosas dominaban, escondíase amedrentada o se guarecía prudente la villa dentro del recinto murado de la prepotente fortaleza, hasta que en días más benignos, deseosa de más luz y más aire, se escapó del castillo, para encaramarse en las frentes de las colinas inmediatas, donde en la actualidad se asienta.

Junto a la llamada Torre Mocha, colindante con la ermita del Águila, se alzó el Ayuntamiento, y hubo en la dicha torre una marmórea lápida con latina inscripción, mencionada por Rodrigo Caro, donde se declara la existencia de la griega Hienipa, la ciudad de los plásticos mármoles y de las undísonas aguas, que fue en aquellas cumbres, desde las que se divisan, a vista de pájaro, los más prodigiosos paisajes: El valle de Guadaíra, el encantado espejo de líquida esmeralda, en el que se contemplan con ególatra narcisismo, las anticipadas huríes de sus paradisíacas florestas, y los harineros molinos, “árabes con fundamentos romanos”, al decir del arquitecto y arqueólogo Vicente Lampérez Romeo, molinos cuyas

enjalbegadas torres son fantasmas de almohades emires envueltos en blancos alquiceles, cuyas imágenes están encantadas a perpetuidad en los hechizados cristales, donde la reina de Alguadaíra, sin que el soplo de aura la borre, ni el suspiro de la brisa la esfume, y donde se desliza en la noche el enlutado cisne del misterio, esquife del dolor de nostalgia que con el diamante de su quilla hiere la carne fría de las aguas; “Los Ángeles”, donde la ingenua fantasía de la popular tradición sueña que alados escultores celestes gubiaron la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, Patrona actual de Sevilla, que San Luis, Rey de Francia, regaló a su primo hermano el Santo Rey, reconquistador de Alcalá y Sevilla; La Piñera y El Acebuchal, bajo cuyas raíces y cuya tierra, sepultada, goza el sueño de la soledad y el olvido una antigua ciudad romana. El Adufe y el Zacatín, que resuenan a Mauritania; Los Pinares, vegetales columnatas de bóvedas de perennes verdores, que lloran fragante resina y suenan con murmullos de mar, cuyos pinos son los ángeles lampareros de madera que sostienen las lámparas del amor de los nidos, labradas por orfebres de pluma en el cielo, que irradian cegadoras llamaradas de trinos; el mar de perennes lozanías, cuyas gaviotas son tórtolas enceladas que arrullan; el encantado Paraíso de Oromana, secuestrado de amor perdurable entre los alcores y el río, donde cantan fluyentes brisas y ruiseñores de líquido cristal; los fecundos mares de tierra de la campiña y de la vega, con la Giralda y el castillo de Marchenilla, al fondo, esbozándose sobre Sierra Morena y las de Morón, azules de distancia; la ermita de San Roque, sobre el Calvario, al que asciende la visión del Nazareno en la madrugada del Viernes Santo, y donde, pictórico sacerdote de la belleza, Nicolás Alpérez, en la iridiscente y luminosa lengua del pincel, dice, antaño, su “Misa de Alba”; el Bosque, donde se emboscan, Quijotes de las letras, para soñar, la venusta poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda; Washington Irving, el de los “Cuentos de la Alhambra”, y Eugenio Noel, el de las “Aguafuertes ibéricas” y el de “Martín el de la Paula”; el Algarrobo, donde el río se convierte en lago, a cuyas orillas, ante los álamos de plata, el paisajista García y Rodríguez plasmara “Un rincón del Paraíso”; las huertas ribereñas, donde, en la más florida de ellas, Blanca de los Ríos concibe su impresionante cuento andaluz “Siega de rosas”; Gandul, con la colina de la Mesa, coronada con los restos de una ciudad romana; los pinos de Santa Lucía, gigantescos y centenarios, dignos de cobijar a su sombra a las triunfadoras huestes de César, y, allá abajo, sobre las colinas más bajas, desde el fondo del valle, en guirnaldas de margaritas,

de campánulas, de azucenas, de jazmines, de nardos, de magnolias y de azahares, la ciudad, vestida de cal, como de una alborada eterna, sube por la escalonada cuesta de Santa María hasta la explanada de la ermita del Águila, y cuelga su velada del cielo, como un ramillete de flores que alucinan con sus matices y embriagan con sus aromas, la vela, desvelada de amor, con velas de litúrgica cera, luminosas oraciones de llamas, acompaña filialmente a su gloriosa Virgen Madre, el sol que no abrasa en los brazos, triunfante en su “paso” de gloria, florecido con varas de nardos, que vanean el olivo de paz del aire, para que diluvie frutos de luz, y desciende de la Gloria a la tierra y asciende de la tierra a la gloria.

LOS MANANTIALES DE AGUA*

I

Oasis del desierto en la llanura,
soterrado cristal de hablas eternas,
es Hienipa en la voz de las cisternas
que apagan de la sed la calentura.

Es no escucharlas negra desventura
y oirlas ilusión de aguas fraternas
que despiertan la sed con ansias tiernas
de apagarla en su máxima ventura.

Hienipa, en tus profundos manantiales
tu nombre nos da sed de tus cristales,
ansias de eternidad de tu armonía.

Grecia de Fidias en Hienipa canta
y al Partenón mudéjar se levanta,
¡Donde minerva se trocó en María!

II

El agua de Alcalá se hizo pinares
que en lágrimas fragantes de resina
derrocha todo el llanto de la “mina”
por martinetes y por soleares.

Hízose el lloro de Alcalá olivares,
árboles de la paz donde culmina
el litúrgico aceite que ilumina
de la ermita mudéjar los altares.

Allí el Aguila Virgen labra el nido,
y, en el agua del llanto de los fieles
que le lloran sus penas, pone olvido

y el ácibar del lloro trueca en mieles
con maternas palabras al oído
como el rocío en flor a los vergeles.

* *V Juegos Florales*, Alcalá de Guadaíra, 1970.

III

Tengo sed de cantar el agua hermana,
la que cantó en Asís de Dios el siervo,
la musa de cristal de Amado Nervo.
Que en Alcalá por todas partes mana.

Tengo sed de las fuentes de Oromana.
Donde trisca el raudal, líquido ciervo,
donde soñando en su fluir me enervo,
de anhelar su frescor la mente ufana.

Tengo insaciable sed de tu paisaje,
de tu agua inmortal fluyendo en flora,
embrujaado quijote en el bosque.

Del líquido cristal, sueño que aflora
de la lira de Dios en el cordaje,
donde el agua que fluye reza y llora.

CRÓNICAS ALCALAREÑAS. *IN MEMORIAM**

Como su antepasado Gutiérrez de Alba, ilustre poeta, Gutiérrez Calderón, Alcalde ejemplar, no ha muerto, vive en su obra y en el alma de los alcalareños y de todos los que amamos a la tierra del pan y del agua, a esta Alcalá de los paisajes y de los paisajistas, de los manantiales y de los molinos, el mayor castillo Almohade y de la mudéjar Ermita del Águila virginal y maravillosa.

Su sombra vaga por Oromana, como la de los Duques de Montpensier y las de María de las Mercedes y Alfonso XII, históricos fantasmas incorporados perdurablemente al paraje querido, escuchando los arrullos de las tórtolas y los trinos de los ruiseñores en el cielo y el fragor del agua en las azudas de los molinos de San Juan y de Benarozza y los chorros de líquido cristal de los manantiales y las fuentes que encienden y apagan la hoguera de la sed del cuerpo y del alma, del momento y de la eternidad.

El Alcalde Gutiérrez Calderón vive indeleblemente en nuestra memoria; nos parece que lo estamos viendo en los pinares del Calvario, a la sombra de la Ermita de San Roque, un Sábado de Gloria, cuando yo estrené mi título de Cronista, por indicación del Alcalde, ofreciendo el banquete de despedida a D. Martín Noel, Director general de Bellas Artes y Arquitecto del pabellón de la República Argentina en la exposición Iberoamericana de Sevilla; o en la plaza de armas de nuestro histórico y gigante castillo, en los Juegos Florares y en el homenaje a Joaquín el de la Paula, en la terraza del “Hotel Oromana”, cordial, satisfecho y alegre en la cena agasajo a toda reina de la fiesta de la poesía, de la juventud y de la belleza, y corte de honor, en pleitesía a la mujer, la más bella invención divina.

A un extremo del puente romano, “La Tapada” se destapa y extiende su manto de albero en ofrenda a la entrada principal del parque, y la sombra de D. Pedro Gutiérrez Calderón discurre ante el ruinoso molino, dramatizado por Eduardo Zamacois, en su novela “TIC-NAY, el payaso inimitable”, y romanceado por Manuel Calvo Araújo, y vaga por “El bosque”, en el que se emboscan para soñar las sombras de Washington Irving, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Blanca de los Ríos, dando vista a la huerta inmortalizada por ella en “Siega de rosas”. Y su sombra ingrávida como la de un elfo, vaga y divaga por Hienipa, por Constancia Julia, donde anhela desenterrarla, y por “Al-Kalat Guad-xira”, como la de José M.^a Izquierdo, “Jacinto ilusión”, vaga y divaga por la ciudad de la gracia, y la del Conde de Barajas por la Sevilla del siglo XVI; y fantasea su fantasma por todos los paisajes de su

* *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra*, 1970.

Alcalá, a os que las flores de sus obras perfuman, y descansa la sombra de las sombras de los pinos de Santa Lucía, gigantescos y centenarios, dignos de cobijar a las triunfadoras huestes de Julio César, y se espeja en el espejo de líquida esmeralda del Guadaíra por cuyas orillas discurren las anticipadas huries del paraíso del Islámico profeta Mahoma; y asciende en espíritu y en espectro por la escalonada cuesta, de la que yo escribí:

Cuesta de Santa María,
escalinata del Cielo,
peregrino de alto anhelo,
de hinojos te escalaría.

Y se posta ante la Imagen de la Virgen del Águila, la Patrona de la Ciudad, y la sigue en su Paso de Gloria, Florecido de varas de nardos que perfuman la tierra y el cielo.

En la inauguración de “Mañanas de Andalucía”, en Alcalá, después de un minuto de silencio dije:

El cielo de Alcalá llora
por la muerte de su Alcalde
hasta que el rostro le escalde
la sal de la amarga hora.
Desde el edén de la mora
hasta la huerta perdida
el ave Fénix anida
en las copas de los pinos
y el ruiseñor con sus trinos
le ofrenda triste kasida.

Como Juan Maragall le imploraba a Dios el privilegio de vivir eternamente en la naturaleza, el supremo artista se lo concedió, sin pedírselo, a la sombra de Gutiérrez Calderón, que perpetuamente vaga por los campos edeniales o paradisiacos de este Alcalá de los paisajes, donde se encuentra con las sombras de Sánchez Perrier, pintando la huerta de la paica en un grisáceo atardecer, de Nicolás Alpérez, pintando “Misa de Alba” y “Cuento de Brujas”, de García y Rodríguez en “Un rincón del Paraíso”... y en todo se respira su obra inmarcitable rosa de ilusionado amor a su tierra que perfuma todas las horas, que embalsama todos los instantes, que embriaga todos los momentos, que ilumina todos los espíritus y emociona todos los corazones, palpitanes de agradecimiento.



Foto del escritor reproducida en la *Revista de Feria de Alcalá de Guadaíra* de 1973

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
RELACIÓN DE OBRAS DEL AUTOR SOBRE TEMÁTICA ALCALAREÑA	11
BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL AUTOR EN RELACIÓN A ALCALÁ DE GUAJAÍRA	15
CRITERIOS APLICADOS AL TRANSCRIBIR LA ANTOLOGÍA DE TEXTOS	17
ANTOLOGÍA DE TEXTOS	19
<i>Aguilita</i>	21
Mujeres del Guadaíra. La panadera	32
Gutiérrez de Alba	33
La ciudad emergente (fragmento)	34
A la Virgen del Águila	35
El pueblo de los paisajes en fiesta	36
Hienipa	38
El molino de San Juan	39
El manantial de Oromana	42
Crónicas de Alcalá de Guadaíra. Ha muerto un poeta	45
El nuevo Real de la Feria en el Castillo	47
Feria en el espacio	49
Crónica de mi amor filial a la Blanca Ciudad del Guadaíra	51
Los pinos	55
Hohenleiter, pintor de Alcalá	57
Crónicas de arte alcalareñas. Sánchez Perrier y Alcalá	59
Alcalá de los Pintores	61
Crónicas de arte alcalareñas. Alcalá de Guadaíra en la pintura universal	62
Alcalá de la Belleza	67
Los manantiales de agua	72
Crónicas alcalareñas. <i>In memoriam</i>	74



Paisajes con Letras

Esta colección, iniciativa del Museo de Alcalá de Guadaíra, está formada por textos que tengan como marco o referente los paisajes y elementos del patrimonio cultural de esta ciudad.

NÚMEROS PUBLICADOS

- Nº 1. *Historia viva*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).
- Nº 2. *La torre mocha*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).
- Nº 3. *El encanto por los celos y Fuente de la Judía*, de Cristóbal de Monroy y Silva (2017).
- Nº 4. *La Tapada*, de José María Gutiérrez de Alba (2017).
- Nº 5. *Compendio de la Fundación y Antigüedad de la Villa de Alcalá de Guadaíra*, de Pedro León Serrano (2017).
- Nº 6. *Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla. Tomo I (A-B) –Alcalá de Guadaíra–*, de José Hernández Díaz, Antonio Sancho Corbacho y Francisco Collantes de Terán (2018).
- Nº 7. *Relatos de Alcalá: El Molino del Algarrobo en Alcalá de Guadaíra. En los Meandros del Guadaíra*, de Eugenio Noel (2018).
- Nº 8. *Aproximación al imaginario de los últimos molineros*, de Francisco López Pérez (2019).
- Nº 9. *Alcalá de Guadaíra en los diccionarios geográficos del siglo XIX*, edición e introducción de Marcos Fernández Gómez (2019).
- Nº 10. *La revista Oromana (1924-1928)*, edición e introducción de Marcos Fernández Gómez y José María Barrera López (2019).
- Nº 11. *El tiempo sumergido. Una crónica y cinco relatos sobre la ballena de Alcalá de Guadaíra*, de Joaquín Cárdenas Carretero, Rafael Castillo Gómez y Gracia María Sánchez Cobano (2020).
- Nº 12. *Flores del Guadaíra. Cantares y Romances*, de Manuel Fernández Gamero (2020).
- Nº 13. *Pleamor. Variaciones sobre mis recuerdos*, de José María Rubio Rubio (2021).
- Nº 14. *La imagen fotográfica de Alcalá de Guadaíra. Los fondos de la Fototeca Municipal de Sevilla*, edición y estudios introductorios de Marcos Fernández Gómez e Inmaculada Molina Álvarez (2021).
- Nº 15. *Fernando de los Ríos y de Guzmán, cronista y lírico de la ciudad del Guadaíra*, introducción y antología de textos de José Manuel Campos (2022).

Este libro, número 15 de la colección “Paisajes con Letras”, abunda en la certeza de que amaremos más nuestra ciudad conociendo mejor a cuantos han escrito sobre ella.

Se terminó de imprimir en los talleres de Artes Gráficas Pinelo un día de otoño de 2022.



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra